(Relatos sobre perros, similares y conexos)

# DOGGY STYLE!



Crunch!

# DOGGY STYLE! (RELATOS SOBRE PERROS, SIMILARES Y CONEXOS)

Carlos Arévalo Scarpa, Mauricio Bares, Alejandro Espinoza,
Javier Fernández Acéves, Javier González Cárdenas, Rogelio
Guedea y Moisés Zamora

# Doggy Style!

*(Relatos sobre perros, similares y conexos)*




–

D. R. © 2006, Crunch! Editores

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los editores.

*Carlos Arévalo Scarpa*

# Necesidades

—Hola.
—Hola.
—Bonito perro.
—Gracias.
—Aunque el mérito no es tuyo.
—Perdona, ¿Qué dices?
—Que el mérito no es tuyo. Me refiero al mérito de que tu perro sea bonito.
—… supongo que no.
—O sea, quiero decir, yo te he dicho que era bonito y tú me has dado las gracias como si hubieses tenido algo que ver con que sea bonito.
—Te he entendido desde el principio.
—Vale, vale. No hace falta que te pongas así.
—No importa.
—¿Volvemos a empezar?
—Por mí vale.
—Hola.
—Hola.
—Bonito perro.
—Hmmm, esta respuesta me la sé: díselo a él, al fin y al cabo el mérito es suyo.
—Te equivocas.
—¿Cómo?
—Que el merito no es suyo.
—Te estás riendo de mí, ¿verdad?
—No. En todo caso el mérito de que sea un perro bonito sería de sus padres y tampoco creo que sea acertado.
—¿Entonces?
—Entonces... mejor lo dejamos.
—Sí, será lo mejor. Oye, tu perro tampoco es feo.
—Gracias.
—No lo estás diciendo en serio, ¿verdad?
—No, claro que no, ¿qué clase de desconocido sería?
—Uff, me dejas más tranquila, pensaba que íbamos a volver a empezar y me han entrado ganas de cambiarme de parque.
—¿Vienes mucho por este?
—Todos los días un par de veces. Cuando le toca.
—Pues no te había visto nunca.
—Será que no te has fijado mucho porque yo a ti sí. Siempre vas escuchando música.

—Pensaba no creerte pero el dato de la música ha sido muy revelador. ¿Debo estar asustado?
—¿Por qué deberías estarlo?
—No sé, una mujer de mediana edad que me observa en un parque por las noches mientras pasea una especie de mastín no es algo muy tranquilizador.
—Es más sencillo que todo eso, dos veces al días son muchas veces y la verdad es que quitando al cantautor que se pone en la fuente los fines de semana, tú eres lo más divertido que hay.
—No sé que pensar de ese cantautor entonces.
—Nunca lo sabrás, siempre vas...
—...escuchando música. Ya me lo has dicho.
—Por cierto, me llamo Laura.
—Yo Martín.
—Oh, vaya.
—¿Por qué te ríes?
—Porque Martín es una especie de mastín.
—He de confesarte que es lo más original que me han dicho jamás sobre mi nombre. Y ahora que nos conocemos...
—Bueno, parece que ya.
—¿Que ya qué? ¿Que ya nos conocemos?
—No, que mi especie de mastín ya ha hecho sus cosas.
—Oh vaya, espero... supongo que hasta mañana entonces.
—Sí, hasta mañana.
—Yo suelo venir siempre a la misma hora.
—Es bueno saberlo...
—Sí...
—Oye por cierto...
—¿Qué?
—Que eres muy guapo.
—Gracias.
—No me las des, el mérito no es tuyo.

*Mauricio Bares*

# La perra de Conny

Carlos estaba seguro de que su corazón era una piedra. Pero al escuchar la noticia en la televisión del café de chinos, comenzó a dudarlo.

Había bajado a tomarse un café muy negro y una botella de agua mineral, como cada mañana cerca de las once. El café le había podrido los dientes, que alguna vez fueron lo único blanco en todo su rostro. Y el licor le había podrido el hígado, tiñéndole los ojos de color bilioso.

Como no sonreía con amplitud ni con frecuencia, pocos se enteraban que sus dientes estaban pasando del amarillo al marrón. Y ahora tampoco tenía motivo para demostrarlo, no había motivo para sonreír. La noticia de la muerte de Conny le hizo dudar de que su corazón fuera una piedra, como creía. Aunque tal vez sí. Tal vez era una piedra lo que había golpeado dentro de su pecho al escuchar la noticia en la televisión.

No supo qué pensar. Sólo se dio tiempo para terminar su café, le guiñó a la mesera mientras colocaba un billete bajo el cenicero y salió de allí para caminar un poco antes de comenzar a beber.

Primero llegó hasta la esquina y dobló en Oriente 114. La misma mierda de todos los días. Si algo hubiera cambiado realmente, ninguno de estos imbéciles seguiría aquí, pensó. Así que caminó entre todos aquéllos que creyeron que el dinero era la felicidad, que habían apostado su vida a esa certeza pero que se habían quedado sin dinero y sin felicidad. Caminó sin mirar sus rostros y sin escuchar la música que salía de todas las tiendas y restaurantes y puestos callejeros. Odiaba la música porque le parecía chantajista, sentía que querían ablandarlo llegándole por el lado más vulnerable: el sentimental. Sentía como si alguien le metiera la lengua en la oreja sin su consentimiento. Seducirlo a la fuerza. Detestaba imaginar a uno de esos cantantes plañideros babeándole la oreja con la lengua húmeda. Y resultaba que ese día, en ese momento, Carlos se encontraba vulnerable. Muy vulnerable.

De pronto, entre la música de los puestos callejeros, escuchó que alguien le llamaba con un grito:

—CARLOS, ESPERA.

Carlos se detuvo, sin reconocer quién le llamaba. Hasta escuchar que su interlocutor le decía:

—¿Ya te enteraste...?

Sin darse tiempo para reconocer la voz y ubicar de dónde venía, retomó sus pasos y se apresuró a dejar esas calles atrás. No quería hablar con nadie. Anduvo a prisa, durante varios minutos, mirando el piso, hasta que las piernas se negaron a continuar, parecían haberse ablandado un poco. Entonces se detuvo, sofocado. Vestía de traje y camisa, pero sin corbata. Tenía la respiración agitada.

Entonces, miró alrededor. Le pareció irónico que después de tantas mudanzas terminara viviendo en el barrio de su niñez. Muchas cosas habían cambiado en el vecindario, pero las demás seguían ahí, por debajo, reconocibles tras algunas novedades. Lo mismo que le había pasado a él. Hasta ahora se daba cuenta. Allí estaba la parada del camión que tomaba para ir a la secundaria. Todo se veía casi igual, quizá más pequeño que antes. Pero nada más.

—Carajo, si no me largo de aquí terminaré subiéndome otra vez a ese maldito camión —dijo en voz alta. La gente volteó para mirarlo. Se puso en marcha otra vez. Pero aunque su cuerpo se alejaba de aquella ruta, su recuerdo sí había subido al camión. Se había sentado como aquella mañana en un asiento doble, vacío, ocupando el lado del pasillo y colocando su mochila escolar en el resto del asiento. Su rostro, muy moreno, sin adornos de ningún tipo, estropeado además por una vieja viruela, debía verse aún más feo a esas horas de la mañana. Carlos vio a una mujer que subía al camión tratando de cargar a un niño con tal de ahorrarse un pasaje. Carlos rogó porque la mujer no decidiera sentarse junto a él.

Pero sucedió algo peor.

La mujer se detuvo a su lado sin pedirle permiso para pasar y ocupar el asiento vacío junto a la ventanilla. Sólo se quedó ahí, de pie, con el niño en brazos.

Después de algunos momentos incómodos, Carlos ofreció dejarla pasar.

—Gracias, así estamos bien —dijo la mujer. Pero luego de algunos jaloneos, decidió poner al niño de pie.

De reojo, Carlos notó que el rostro del niño estaba a unos centímetros del suyo. Le pareció un niño extraño. Era demasiado bonito para ser niño, pero tenía algo salvaje, casi cruel, como para ser niña. La ropa tampoco ayudaba a precisar nada. Carlos le ofreció dejarlo pasar para ocupar el asiento, pero el niño negó con la cabeza. Incluso había algo de desdén en la negativa.

—Siéntate, mi amor —dijo la mujer.

—No —respondió el niño.

—¿Por qué no?

—Porque este señor tiene cara de caca.

Carlos se hinchó de repente, de sorpresa, de ira, de vergüenza. El resto de los pasajeros voltearon a mirarlo de reojo, para cerciorarse si efectivamente el color café de su piel, con la rugosidad de la viruela, le daban a su rostro la apariencia de un trozo fecal. Los regaños y disculpas de la madre sólo empeoraron el asunto, porque el niño se puso malcriado y se negó a disculparse. Aún faltaba mucho para llegar a su escuela, pero Carlos se levantó de inmediato y fue hacia la puerta trasera. Se sentía ultrajado. Además le habían dicho señor, cuando sólo tenía trece años! Antes de bajar, quiso decir algo, contestarle a todos con algo fulminante y venenoso.

Pero no se le ocurrió nada.

—Hoy comenzamos temprano, no? —le dijo el dueño de la licorería en tono socarrón. Carlos no respondió. Seguía sudando dentro del traje. Pidió una botellita de bolsillo. Whisky. Algo ardiente que se sumara al calor del mediodía y le ayudara a distraerse, si no a olvidar. Pero ése era un viejo truco. Cuando se bebe en esas circunstancias, lo único que *no* se quiere es olvidar. Además de que no se puede. Se bebe precisamente para recordar.

Y eso fue lo que hizo. Caminó hasta el edificio donde había nacido y vivido durante casi veinte años, antes de alejarse para siempre de su familia, que sólo eran su madre y su padrastro. Recordó que durante toda la primaria siempre había sido el más grande de su clase, por lo que nunca hubo quien quisiera enfrentarlo. Más bien le tocó atestiguar cómo todos terminaban a puñetazos con los demás en el momento más inesperado. Pero él era tranquilo. Indiferente. Hasta que se volvió el blanco de los niños de grados superiores, que lo veían de su tamaño, sólo que más blando. Le tocaron varias palizas antes de darse cuenta de que sólo había un modo de terminar con aquello. Algunas de esas peleas tuvieron lugar allí mismo, frente a ese portón. O en aquella esquina, frente a la tintorería.

Había bebido media botellita cuando caminó por Poniente 217, hasta el lugar donde conoció a Conny. En ese entonces ya tenía veintiseis años y había dejado esos infelices empleos en que sólo dependía de sus manos o de su cuerpo. Llevaba algún tiempo escribiendo y había ganado un concurso para escribir un programa de televisión. Era una serie semanal, un poco estúpida pero divertida, en cuyos créditos aparecía su nombre: Carlos Pankowski. El programa lo estelarizaría una actriz joven y un actor que haría el papel del galán. Debía considerarse afortunado, aunque sabía que en una ciudad tan pequeña su momento había de llegar tarde o temprano. Recordó la fiesta que el productor del programa, Bobby Legrand, había dado para el staff al término de la grabación del primer programa que saldría al aire. En la fiesta, donde todos parecían conocerse de años, nadie conocía a Carlos. Al verlo bebiendo solo, Bobby lo presentó con algunos de los actores y gente de la prensa.

Al conocer a Conny, la actriz principal, Carlos quedó maravillado, ni siquiera se dio cuenta del modesto perro que ella llevaba en los brazos. Como pudo, el escritor intentó quedarse junto a ella. Hacer plática sobre cualquier cosa con tal de asegurarse su cercanía. Le presumió su apellido, como si no fuera un apellido extraño y ella no lo hubiera notado.

—La gente cree que es ruso, pero es alemán. En la escuela siempre me decían “el Ruso”.

Ante la indiferencia de Conny, Carlos trató de adivinar por qué la gente de televisión usaba nombres y apellidos tan ridículos: Conny, Bobby, Legrand.

—A todo esto, cómo se llama tu perro —preguntó.

—Es perra y se llama Soledad.

—Es un nombre muy... poético.

En ese momento, Bobby Legrand, *el* productor, se acercó y abrazó a Conny por detrás, sólo para marcar territorio. Sin embargo, la primera sorprendida pareció ser Conny. Y aún así, se apresuró a seguir el juego, como si eso la rescatara de una compañía indeseable. Carlos, embelesado, ni siquiera lo notó.

A partir de entonces se propuso conquistarla. Si su fealdad le había mantenido a distancia de las mujeres, ahora su talento debía darle las rebanadas que la vida le había negado. Visitaba el set de grabación casi a diario y buscaba pretextos que sólo él imaginaba creíbles para encontrarse con ella. Ignoró, como si no tuviera importancia, lo que todo el mundo sabía. Que a Conny se la cogía Bobby. Que ella no estaba allí por su talento, sino por el talento de su perrito. O perrita.

Por su parte, Bobby hizo todo lo posible por interponerse discretamente, tratando de no herir a su escritor estrella.

—Hey, Dostoievski, otra vez por acá?, no deberías estar escribiendo?

Pero Carlos no quería escuchar. En otra acasión, Bobby le dijo:

—Mi querido Laclós, cuidado con *Las liasons dangereuses*, ya sabes, las relaciones peligrosas. Tu trabajo es escribir.

Pero Carlos se decía a sí mismo que no era posible que Bobby se estuviera cenando a Conny. Si podía ser su abuelo. No puede cogérsela un viejo con nombre de perro, se dijo.

Hasta que un día decidió jugarse el todo por el todo y llegó al camerino de Conny con un gigantesco ramo de rosas que apenas podía cargar él mismo. Como era de esperarse, no vio el gesto de disgusto en la cara de Conny. Y antes de que él o ella pudieran decir algo, oyeron que Bobby entraba apresurado al camerino y cerraba la puerta:

—Déjate de pendejadas, Balzac. Traté de advertirte de todas las maneras posibles, pero te ha importado un carajo. Me estás poniendo en ridículo. Agarra tus flores y métetelas por el culo, me entendiste?, estás despedido.

Ofendido, pero sin tiempo para pensar lo que decía, Carlos se escuchó diciendo:

—El trabajo es lo que menos me importa, abuelo de mierda. Yo renuncio. En cuanto al otro asunto, dejemos que ella decida con quién se queda de los dos.

Bobby enmudeció. Carlos se le había acercado amenazante.

Conny quedó atónita.

Pero después de un largo silencio, se levantó de su poltrona y se soltó:

—No hay nada qué decidir, tarado. Mírame bien. Estás ciego? No puedes ver?

Se había puesto de pie y ahora ella se aproximaba a Carlos en plan de reto:

—No sabes quién soy? Te lo voy a decir. Soy la niña que dijo que tenías cara de caca. En el camión. Pero si sigues igualito. No has cambiado nada. Se lo he contado a todos aquí. Ése es tu apodo cada vez que vienes creyéndote el galán de la historia.

Para entonces, Conny había ido a refugiarse en Bobby. Lo abrazaba por la cintura y recargaba la cabeza sobre su pecho. Carlos arrojó las flores al suelo y salió sin decir más.

La botellita estaba por terminarse. Pero Carlos debía terminar *esa* historia. Caminó hasta Sur 175 y se paró en el edificio donde Conny vivió sus últimos días. Todavía habían pasado muchas cosas. La muy perra había traicionado a Bobby con un boxeador famoso.

A ése luego lo dejó por un empresario adinerado, que le había puesto un departamento en Sur 175 para mantenerla lejos de su esposa y sus hijos, que debían tener la edad de Conny.

Mientras todo eso sucedía, Carlos había publicado un par de buenos libros. Uno de ellos, el que a grandes rasgos describía su infancia, sólo podía titularse *Un hombre con cara de caca*.

Y justo ahora escribía uno más, donde narraba parte de su historia con Conny. Para ese libro, había tomado prestado el nombre de un capítulo escrito por un amigo suyo, Alberto Vargas Iturbe, el escritor más indecente que jamás había leído. Se titulaba *No todos los escritores son pendejos*. Había deseado con todas sus fuerzas acabarlo y hacérselo llegar a Bobby y a Conny, y hasta al boxeador y al empresario. Pero la vida le había hecho esta jugarreta, que la perra de Conny se muriera antes de que terminara de escribirlo.

Como fuera, ahora estaba allí, dándole el último trago a la anforita de vidrio. Ya se había ido la ambulancia con el cadáver, las patrullas y los periodistas. No quedaba nada más que el toldo hundido del puesto de hamburgesas, donde vino a caer al ser arrojada por el balcón de su departamento, no se sabía por quién. La policía ya investigaba.

—Maldita perra —dijo en voz alta, mientras la gente alrededor lo miraba como se mira a un loco que habla solo.

Pero a Carlos no le importó. Porque se había dado cuenta de que su corazón ahora podía ser una piedra. Una piedra que dio el último brinco dentro de su pecho, con la felicidad de saber que la mujer que había arruinado su vida, por fin recibió su merecido.

*Alejandro Espinoza*

# Mi vida con Ella

(aka Goodby 20th Century)

*Ella* dijo que era demasiado tarde. Que los chicles de menta que tanto me gustaban de niño los podía encontrar en la tienda de la anciana, que aquí ya no. *Ella* dijo cosas esa noche que evitaron decirnos las cosas que debimos habernos dicho.

Y de pronto se fue, como un espejismo. No supe más de *Ella* hasta que me deshice de aquel ropero que juntos compramos. Cuando me encontré las fotos. Sus fotos. *Ella* esquiando y con el gorro aquél que produce paroxismos de nostalgia y placer. Digo, era sólo una foto. Suficiente para saber de *Ella*.

Por las noches, descubríamos hoyos negros y acantilados en forma de ecos y gemidos que salían de nuestras bocas. En ocasiones, nos acompañaba el perro. Solía morder la parte trasera del sillón (me refiero a *Ella*, no al perro) y el perro, Don Emilio el Agradable, soltaba aullidos que brillaban junto a los nuestros. Los vecinos nos veían sospechosos a la mañana siguiente.

*Ella* dijo que yo arrastraba con el aroma del escándalo y con no pocos pecados capitales. Eso fue cuando descubrió mis amoríos. Técnicamente, fueron tres. *Ella* tuvo quince. Eso sin contar los amoríos secretos que tuvimos *Ella* conmigo, yo con *Ella*, los dos saboreando el exquisito ácido rojo del adulterio con nosotros mismos.

Pero nunca disculpó mis tropiezos. Me la encontraba a las cuatro de la mañana, de rodillas frente a un cartel de Briggite Bardot, desnuda y rezando incoherencias. Decía que era por mi bien. Que nadie en sociedad puede permitirse el lujo de explotar sus ruinas de cuerpo frente a otras personas, independientemente del sexo. Es por eso que todos nuestros amantes nunca nos vieron desnudos. Cogíamos en pijamas, pijamas heredadas por abuelos o tíos lejanos. Don Emilio el Agradable nos miraba, cautivo. Luego se salía por la puerta trasera. A coger, me supongo. Es lo que los gatos hacen de madrugada, me supongo que los perros también.

*Ella* decía la palabra chicle sólo cuando masticaba uno. Solíamos estar horas y horas pasándonos ese chicle con sabor metálico a besos y revoltijos de lengua. Fuimos contando el número de historias que ocurrían en los lapsos entre el pase del chicle, de mi boca a su boca. Sonreíamos cuando las historias quedaban inconclusas.

Todo esto ocurrió durante cinco décadas distintas, transportadas por alguna razón extraña de una a otra y saltándose los tiempos como si el mañana tuviera más sentido así. Lo bueno es que los chicles siempre sabían igual, lo bueno es que siempre nos amamos.

OK, lo admito, quizá no nos amamos en esa ocasión en la que Bettie Davis despedazó otro almohadón de plumas de ganso, y *Ella* se me que-

dó viendo con cara de "¿Para qué mierdas provocas a Bettie, sabes que tiene el temperamento de una historia inconclusa y desesperante, justo como nuestro amor?" Don Emilio el Agradable sólo se nos quedaba viendo. Luego con la pata derecha pateaba su plato de comida y pensaba en el hambre.

En algún momento llegamos a ser la pareja de adolescentes que crecen en el estrellato y se difuminan conforme las televisoras cambian el vestuario de sus personajes; sobrevivimos a espectaculares accidentes automovilísticos, dos que tres caídas de gracia, y un sinnúmero de bautizos. Fuimos, allá cuando los dos solíamos correr las cortinas de la recámara, una de las parejas más importantes de la historia, compartiendo espacio con Taylor y Burton, Tracy y Hepburn, Lara y Félix. Luego cumplimos dieciocho años, buscamos una finca al final de una calle perdida que aún recoge vientos con olor a tren, recibimos con brazos calientes a Don Emilio el Agradable, plantamos girasoles y especias en el patio trasero, y nos olvidamos que en algún momento estuvimos enamorados de las luces, del escenario.

Los chicles siempre fueron para nosotros como la telaraña que se construye en nuestras bocas, entre la saliva y la manipulación de lengua y dientes. Cuando yo le pregunté porqué me dejaba, ella dijo que no me recomendaba saberlo, "es demasiado tarde para que entiendas, aunque son las cinco de la mañana y apenas se asoma el sol, es demasiado temprano para que tu cerebro, funcionando a mitad de su capacidad, pueda entenderlo. Quise que fuera mientras te encontrabas en ese estado semiconsciente, como de recién nacido que ve por primera vez la luz, quise que fuera en ese momento cuando te dijera que me iba".

Don Emilio el Agradable y yo buscamos entre las frutas y las verduras de un mercado el sentido de su despedida. Sólo encontramos historias breves y unos cuantos codazos a las dos de la madrugada. Eso sí, muchos relatos llenos de risas embotelladas o guardadas en cajitas de madera, muchos recuerdos de sus pecas, demasiadas impresiones de sonidos y posibles tomadas de pelo. En algún momento –y yo sé que *Ella*, yo y Don Emilio—estoy seguro que recordaremos lo más importante de todo, y esto es que pudimos ver la sombra majestuosa de nuestras propias locuras. Nada más hermoso que ver esas siluetas mojarse desnudas en las paredes de las casas que habitamos.

Casas que habitamos, pies descalzos un sábado a las doce del día, pinturas colgando en las paredes, ecos de fiestas pasadas, allá cuando el glamour de las fiestas del progreso se combina con la frugalidad de las pláticas cerradas con gurús y secretos magos amantes de las historias deshilvanadas (Don Emilio no las soportaba; prefería reunirse en todo su cuerpo y dormir el sueño largo durante días y días). Casas que habitamos, esperpentos que *Ella* tiene en la palma de su mano: una herida, el olor del ajo impreso en sus huellas digitales, el color de una pintura verduzca incrustada en las uñas de sus pies; las habitaciones tenían doce capas de linóleo, o alfombras en las que se podía ver una capa de vapor muy por encimita, cuando te recostabas en el suelo, cuando reposabas la cabeza en la alfombra, cuando

veías un punto de fuga (sus pies bailando, en el umbral de la puerta) y dejabas que la textura de la alfombra delineara la profundidad del espacio. Se veía una capa de vapor que muy probablemente eran las capas de las pieles que fuimos mudando con el paso de los meses. Cuando pasaban demasiados meses, dormíamos una última vez, compartíamos la tarea de guardar todo en cajas, de darle somníferos a Don Emilio y de transportarlo como parte de nuestro equipaje rumbo a dios sabría dónde.

Luego vino la guerra.

Combatimos juntos en la resistencia croata, en busca de materiales de experiencias para nuestros respectivos trabajos como creadores de espejos llamados relatos. Yo traía un casco lleno de inscripciones y *Ella* traía un casco con fotografías de países lejanos pegadas a los lados. Dentro de los cascos, los dos guardábamos una foto de Don Emilio; aparecía sonriente –lo cual era raro en ese perro— junto a sus dos mejores amigos, sentados en una mesa y jugando póker.

En ocasiones sangrábamos mucho. En otras ocasiones, vimos correr la sangre del enemigo que se dispersaba como el sabor de un buen helado por ríos, lagos y acantilados. "Bonitas pinturas" *Ella* me decía, mientras veíamos el espectáculo de ver la sangre del enemigo esparcirse en el agua, durante los pocos encuentros que tuvimos cuando estábamos en combate. Nos encontrábamos en pelotones distintos, yo peleaba en los desiertos y ella en los bosques. Hubo puntos de encuentro, mismos que solíamos escenificar como si estuviéramos en una película de amor entre las ruinas. Nos vestíamos como víctimas del Holocausto, o como dos espías decodificando secretos de Generales, luego de pronto éramos una pareja de los cincuenta que soñaba con Chevys y hot dogs, o si no terminaba *Ella* con coletas y carreteras cruzadas en su pecho, y yo con un largo bigote y un sombrero charro que me ocultaba la mirada mas no la nostalgia. Una vez, un gringo me vio descansando bajo la sombra de un árbol, y decidió convertirme en cliché.

Noches, días, descansos breves bajo el manto sudoroso de la luna, comíamos peras y pensábamos en nuestras respectivas distancias: "¿qué estará pensando Ella/Él en estos precisos momentos?" Estuvimos lejos muchísimo tiempo, treinta semanas, sin poder vernos cuando queríamos, sólo cuando lo decidía el rumbo de la guerra. Así que decidimos dirigir nosotros mismos las rutas de combate, para encontrarnos más seguido. Enviábamos cartas de traiciones a los comandos de nuestros aliados y de nuestros enemigos, confundíamos los trazos de los mapas, boicoteábamos las campañas de ambos bandos, degollamos a dos que tres Generales en función (treta maligna que Don Emilio nos enseñó la primera vez que lo vimos en acción nocturna contra una pandilla de gatos), hasta que por fin terminamos en una isla, los dos principales ejércitos en pleno enfrentamiento, cuando de pronto nos dimos cuenta que, después de la deconstrucción de la guerra que estábamos realizando, *Ella* terminó en un ejército y yo en el ejército opositor. Fue así cuando decidimos huir apresurada-

mente. Hasta la fecha, y a pesar de nuestra separación, seguimos siendo prófugos.

Pero con el paso de los años volvimos a lo que queríamos hacer: estar juntos, y divertirnos a expensas de lo que el mundo quisiera hacer con nosotros. Volvimos a los besos frente a viejecitas con verrugas en la nariz, volvimos a cantar canciones de Manoella Torres en los bancos y las plazas públicas, en las fiestas volvimos a recrear una y otra vez la famosa escena del cigarrillo que aparece en "Blow Up" de Antonioni. Los chicles fueron especialmente sabrosos durante esta temporada. Don Emilio comenzó el hábito de mascarlos por las noches, dejar que al momento de perder la conciencia el chicle se escurriera por la boca y terminase pegado en su cabellera. La vida era nueva nuevamente, la realidad cada vez más real, las pecas en sus mejillas cada vez más brillantes y las noches de escándalo y uñas que inscriben incoherencias de placer en las sábanas se hicieron más intensas.

Las escenas más chistosas ocurrieron cuando solíamos hacerla de Adán y Eva. Llenábamos el interior de la casa en turno con plantas, arbustos, animales exóticos y árboles enanos a los cuales les pegábamos docenas de manzanas de distintos colores. Don Emilio se rehusaba a participar del ritual, decía no estar dispuesto a fungir como serpiente, papel que obligadamente le tocaba. Solíamos escondernos en la vegetación de distintos matices, tonalidades, texturas, dejábamos que nuestros ojos saltones aparecieran como luminosidades al interior del paisaje. O terminaban nuestras figuras serpenteadas en láminas de antiguos libros de arte, los ojos de un niño espasmódico contemplándonos con no poca inquietud, contemplando las grietas marmóreas en los muslos y el torso. Pero todo esto habían sido sonrisas y espejismos de una historia que sólo conocíamos en la raíz de los murmullos. Las cosas comenzaron a interrumpirse.

Por ejemplo, cuando juntos asistimos a la invención del plástico. Sostuvimos con las manos un par de tazas recién llenadas de café, en una lonchería de Wisconsin, cuando llegamos a la conclusión de que el plástico, como el lenguaje, son material no biodegradable. Pero las palabras *hieden*", me decía *Ella*, "pero las palabras *hieren*", respondía yo. "Pero las palabras son *ladridos*", interpelaba Don Emilio, "y yo de pronto estoy harto de tantos ecos por las noches." *Ella* y yo sorbimos en silencio el café y dejamos que un poema de ee cummings se desplazara como gota en el ventanal de la lonchería. Nuestra mesera, a decir su nombre no lo recuerdo, nos avisó que estábamos justo en el fin del mundo. Nuevamente.

Pero nos gustaban esos acantilados. La sensación de las últimas brisas de los últimos otoños. O quizá el ruido de aspiradoras formando rutas en la alfombra, las luces de los autos como ecos impresos que caminan por las paredes de la recámara, aislados por la delgadez de las persianas. El tiempo nos quería y no nos quería en el acantilado. Por lo menos dejaba que el humo de los deseos se plasmara con toda su nicotina en nuestros sueños. Por las noches, esperábamos la llegada del año nuevo y tomábamos en copas impregnadas de vinos antiguos. Sólo las sangres de las uvas

del pasado podían revelar lo que Don Emilio pensaba cuando nuestros ojos dejaban de verse mutuamente y comenzaban a ver eso otro que se encuentra al interior de la otra persona.

Don Emilio el Agradable siempre terminaba peleándose con los ladridos ajenos, decía que sólo en medio de la locura de estos tiempos podrían dejarse correr semejantes quejas masivas de pueblos oprimidos representados por los perros que pasan sus vidas entre rejas. Que ningún sueño se *completa* con discursos, que ni *Ella* ni yo podríamos jamás construir aquellas casas que imaginábamos como Eschers en potencia. Su carácter agradable no lo hacía menos crítico de nuestros desplantes –amorosos, violentos, de discutibles procedencias, como aquellos deseos que sólo terminaban en un buen desayuno con amigos—y que auguraba la peor de las inercias al final del camino. Probablemente tenía razón, y yo no tuve oportunidad de verlo hasta que llegué al cuarto sin espejos.

Hubo ocasiones en que Don Emilio el Agradable olía nuestros sexos y les ponía nombres extraídos de novelas gringas traducidas en España. Instantes de segundos que se calculaban dulcemente en el reloj de la cocina, y que como buen perro acomodaba a sus propios tiempos como si no pasara nada. Hubo un momento en que dejaron de pasar las cosas. O se volvieron repeticiones de un día en la vida de nosotros como animales salvajes. Las guerras entre *Ella* y yo comenzaron a reflejarse en nuestros pómulos, en los discursos que dábamos aquí y allá. Rastros de *Ella* comenzaron a encontrarse en distintas partes del mundo, su cuerpo estampado con sellos de países lejanos: Londres, París, Nueva York, Los Ángeles, San Francisco. Era el comienzo del fin, y *Ella* lo sabía. Y Don Emilio lo sabía.

Hubo momentos en que *Ella* se despedía una y otra vez. Nuestra relación terminó cientos de veces, recomenzaba en el cuarto sin espejos donde me refugié para no seguir escuchando sus palabras de despedida. Dijo cientos de veces que era demasiado tarde, y es por eso que en algún momento decidí aliarme a Don Emilio y confeccionamos una serie de palabras con formas de pieles y aromas distintos que recondujeran sus sueños. Palabras que guardaban el secreto del cuarto sin espejos, que a veces aparecían mojadas, otras veces repletas de sonidos ahogados, incluso hubo momentos en que las palabras adquirían el color de nuestras pieles. A veces, las palabras sudaban.

Un esfuerzo descomunal que terminó en escenas de películas de Godard que *Ella* y yo reinterpretábamos, rodeados de las sombras de las luces, el blanco y negro, mi rostro cubierto de humo de cigarrillo, sus ojos cubiertos de una espesa capa de delineador azul. La fuerza de nuestros diálogos residía en los *non-sequiturs*.

Decía yo: "Noto en tu rostro la melancolía bailando como si fuera 1923".

Decía *Ella*: "¿Bailamos?"

"Ya nunca sonríes"

"Ayer me compré un par de zapatos que quedarían bien en un close up extremo, para cuando el director decida señalarnos a quién pertenecen los pies del asesino".

"La paciencia es una virtud, pero no tengo mucho tiempo que digamos."

"Sólo en los bailes se reconoce la sonrisa de los nervios."

Por supuesto, nos encontrábamos revolcados en el sinsentido.

Y fue como una noche en la que iniciaba el verano y comenzaba el invierno, las cosas terminaron. Don Emilio el Agradable tomó sus maletas y se fue. Dicen que ha muerto, otras voces completan la historia diciendo que su muerte fue heroica.

*Ella* dijo que era demasiado tarde para saberlo, pero que así debía ser.

Nos propusimos un último baile que nunca se bailó, un último manjar compartido, un último beso debajo de un puente, dos que tres reproches que nos ayudaran a recordar porqué nos separamos. Nos propusimos imaginar que volvíamos, en un futuro, y que todo iba a estar bien. Pero nada de eso sucedió. Nada de eso sucederá...

Y no obstante este pasado que siempre me llega como penumbra, me queda la certeza de que, todos los días, al caer la tarde, nuestras miradas se encontrarán debajo de una canción de Nina Simone.

*Javier Fernández Acéves*

# La niña Tuviolé

Bitalo la deseaba. Se atrevió a pedirla, en un acto de inusual valor para su condición y edad. Era la piel de un macho sitatunga cazado dos noches atrás por un convoy de cinco hombres, espléndida como ninguna. Ya recorría las chozas el olor maduro de las vísceras revueltas en un hervido de sangre, cebolla y papa. La piel, separada con limpieza por las mujeres que sabían cuándo meter navaja y cuándo rociar agua o sal, iba pareciéndole a Bitalo una lámina del atardecer, el objeto trascendente que esperaba, a su alcance. "La quiero", atinó a decir. Cuando el padre de Tuviolé cuestionó sus motivos, Bitalo endureció la mandíbula —su hombría, ansiosa de soltar resortes—, sostuvo la mirada del líder de la aldea y dijo que fabricaría un morral para lucir como dicen que lucía el abuelo al ser alcanzado por las balas en el West Nile. El padre de Tuviolé, todavía sin dormir, premió el gesto de su sobrino con un fuerte apretón en la nariz. Bitalo se hizo de esperanzas.

—Dondequiera que estés.

Las mujeres extendieron la piel en un cordel, muy cerca del estanque.

El estanque se rodeó de niños.

Sólo los insectos, las tormentas apabullantes y la violencia entre castas daban una sensación similar de permanencia en sus vidas. El estanque estaba ahí desde siempre, antes de lo que podían recordar. Los hijos de cada familia, sus ancestros y los ancestros de éstos hasta llegar a la primer familia que se asentó en el lunar selvático de Awawdee, a orillas del Lago Alberto, habían chapoteado, explorado, orinado y llorado en el pequeño estanque. Los niños lo conocían de memoria. Se habían echado plastas de barro en las espaldas y los rostros, hasta acabar en pleito; barro mucoso en las orillas, maleable y denso fuera del agua, oloroso a tiempo. La niña Tuviolé halló en el estanque un placer que guarda como secreto de tumba, sin tener muy claros los motivos. En los ardores del verano, si sentía las ganas, bajaba al estanque —que nunca estuvo más allá de treinta metros; a sus tres años, quizá cuatro, era una distancia a considerar—, se sentaba en la caricia fresca del manantial, un suave borbotón no muy notorio en la superficie que sólo ubicaba quien estuviera muy atento, y allí, en soledad, defecaba como sólo los ángeles pueden hacerlo. Hoy le provoca risa recordarlo. Han pasado años sin cruzar palabra con sus familiares de Awawdee —con frecuencia hace recuento de sus ubicaciones para no perder el rastro— y obrar en el manantial sigue siendo un secreto.

Fue capaz de confiar delicadezas de otra índole, para luego arrepentirse. Una de ellas —que no pasó a mayores pero que la entretuvo a lo largo de meses— fue el enredo por correspondencia con Vito Jacobo Oseas, un estudiante cuya fotografía y datos generales extrajo del directorio de beca-

rios. Su prima Nantale quería sacarla del embrujo, le explicaba que en Brasil nadie lee francés; Vito Jacobo Oseas podía ser un combinado de nombres, y el individuo, en caso de existir y de atreverse a emprender el viaje de Suramérica a Uganda, se habría vuelto loco en el tinglado de los ríos. Juntas desplegaban mapamundis sobre los que Nantale reía y Tuviolé, forzando la mueca, tanteaba una dulce parábola en el hemisferio de la manera en que lo hacían sus cartas, engomadas con un paso de lengua. Tuviolé condujo la relación desde la injerencia propia de un intercambio estudiantil, en las primeras veces, hasta el follaje excéntrico de las últimas con rimbombancias como "En realidad creo que tus manos sollozan" y "Deseo que estas gaviotas duren por siempre", cartas de amor puro y duro. Para Nantale, sin embargo, no había caso: Oseas nunca dio muestras de vida. Cada que remitía un sobre a Sete Lagoas / Minas Gerais / Brasil, Tuviolé imaginaba una ciénega pantanosa e improbable que se tragaba sus cartas. Obstinada en suscitar el encuentro con quien parecía el hombre correcto, y a punto de retirar el ancla, llegó a brindarse al hipotético Oseas más o menos así: *"… abierta y fresca, espero conocerte"*.

Abierta, fresca, como la más tierna de las flores.

O la más grande de las putas, que sonaba a lo mismo.

Hoy se lamenta el haber entrado en detalles con Nantale. Hay secretos que son compartibles; otros, no. Como el malestar que fue soportar a Bitalo desde la infancia, cuando el estrecho margen de sus vidas los hizo inseparables, hasta cumplir los doce años, edad en la que se convirtió, tras una fugaz vuelta de tuerca, en su primer amor. Transfiguración que Nantale no habría entendido. Frenético como cargar en el alma varios cardúmenes de peces, desvanecida su voluntad por una idiotez que lo libró de asistir a la escuela y necio a dar no más, Bitalo fue una calamidad constante. Menor que Tuviolé por cuestión de semanas, quizá la envidiaba. ¿Por qué, si no, las ansias de romper el orden en todo cuanto tenía relación con Tuviolé, que no era poco? Echaba camaleones en las tazas donde las niñas jugaban al mancala. Tumbaba a golpes un panal descubierto por ella en la copa de los árboles, un sol cuadriculado y embriagante que al caer explotaba en fragmentos dorados. Con una barra metálica, forzaba el maletín del doctor Capriccio repleto de ampolletas mientras éste revisaba las mejoras en la piel de Tuviolé; arrancaba los rótulos y violaba los sellos, vertía líquidos que resplandecían en la hojarasca y mezclaba lo de una ampolleta en otra, el agua oxigenada en la Sangre de Drago, la caléndula en la trementina, la glicerina en el glicol.

Etcétera.

Bitalo no estaba bien.

Los adultos decían "por el problema de Bitalo" y "por su situación", justificando al chico. Tuviolé conocía la radiografía incriminatoria, una imagen fantasmal plagada de anotaciones médicas que nadie sabía leer pero que cifraban el espectro desdeñoso de sus limitaciones. Estaban los ataques —la *posibilidad* de los ataques, pues ella nunca pudo constatarlo y aún lo pone en duda—, los traicioneros giros en su estado de ánimo —de la

conmiseración a la ternura, del cabreo a la elocuencia infantil— y una temblorina de pupilas todo el santo día. El conjunto podía atribuirse a un enfermo, cierto, como también a un embustero que se representa a sí mismo en lugar de dedicarse a vivir, o a un pillo sin entrañas. A falta de mayor certeza, la niña Tuviolé culpó de los desperfectos al piquete de uno de esos bichos largos, acorazados, lleno de colores, antenas y horripilantes ojos de caleidoscopio que sobrevolaban la maleza, zumbando su autoridad como helicópteros. Será el efecto del alcohol en el embarazo de su madre. Será el agua del Lago Alberto *pintada* de muerte por los guerrilleros. Será la orfandad, será un puño de cosas.

Espíritu abrasador el de Bitalo.

Importábale un pito lo demás.

La niña Tuviolé vio su rostro reflejado en el agua del estanque antes que en un espejo. Era hermoso ver deslizarse a los insectos dactilares, más ligeros que el agua. Sumergir bolas de helado que se deshilachaban en emulsiones de color; el deshielo besando sus muñecas. Aguardar en total quietud a que la tarde enfriara los carámbanos de luz y la noche descobijara sus tinieblas, chimpancés escandalosos se mostraran las nalgas y las ginetas deambularan, sigilosas, con lámparas en los ojos. El eterno regalo de agua limpia reveló a Tuviolé —como a cada niño— ideas básicas de austeridad, foco, balance, noticias de cuando el mundo era joven. Ventiún años después, con dos licenciaturas a cuestas y una vida sedimentaria e aislacionista a cargo de un bufet jurídico en Ginebra, el estanque de Awawdee define los fundamentos de su vida.

—Estúpido —chilla Tuviolé—. Lo tapaste tú.

Sucedió en verano, a pocos meses de la tarde fatal.

Amanecía. Tuviolé acarreaba cubiletes de agua para su madre, cuando un alarido prehistórico la hizo voltear. Era un llamado de auxilio, punzante, opaco. Provenía del gran árbol de musculosas raíces abrazadas y espolones clavados en la tierra húmeda como las patas de un artrópodo: a su pie aguardaba el estanque, temeroso. Al primer vistazo, era una edificación. Años atrás, el planeta entero podía sostenerse de su tronco; ahora no, ahora era un gigante enfermo, derrotado y anciano, incapaz de sostener su poderosa herrumbre. Uno podía calcular el estado de agonía en el aroma fétido que emanaba de ciertas fracturas, rancio, fermentado, burdamente agrio. Precautorio, hacía apenas tres días, el padre de Tuviolé inspeccionó el fenómeno según la herbolaria de la tribu iteso, en la que se crió. En tal y cual punto clavó estacas de encino que bañó con leche, miel hervida, orín, cal viva, dejando que el sol marcara las horas en una serie de sombras paralelas que él sabía leer, de manera extraordinaria. Medía pulsos, reacciones, corregía la posición de una estaca, retiraba otra, en un silencioso dialogó que tuvo a los aldeanos pendientes del dictamen. Los

adultos con genuino interés; los niños, boquiabiertos. A buena altura se desprendió una hoja en perfecto estado de salud, bamboleándose con la respuesta. El hombre la recibió en la palma de su mano, privilegiado. Se tapó con ella ambas fosas de la nariz, aspiró, soltó los párpados en un gesto que podía interpretarse como un acto de pureza o de intoxicación. Tuviolé supuso que, en esa concentración casi mágica, su padre se dejaba querer por el primer árbol del bosque Kíbale nacido una remota mañana en ese mismo sitio.

—Déjenlo, es un árbol feliz —señaló—. Caerá en mitad de la noche.

Sin embargo, la noche pasó sin novedad. Ésa y otras noches.

Pasaron semanas.

Finalmente, cayó. No por sí mismo, como todos, hasta hoy, suponen. Tuviolé fue testigo de lo sucedido: un secreto más. Dejó los cubiletes de agua, nerviosa, y siguió el llamado con algunas dudas de lo que veían sus ojos a tan temprana hora. De la nada apareció en escena Bitalo, con la mirada revuelta y sospechosa. De ningún modo iba a ayudarlo, cualquiera que fuese el plan. El chico había armado un complejo sistema de poleas, palancas y rampones que comprometían el tronco, las ramas y cada punto de apoyo imaginable, para dar el empujón final. El árbol caería o no, como centenares de árboles han caído y caerán, pero Bitalo quería precipitar su caída, reventar la corteza en un tremendo chasquido que sacara del sopor a sus familias, a los perros, a los primates más lejanos. Tuviolé se pregunta qué fuerzas de la jungla merodeaban alrededor de Bitalo y lo movían a disentir, alimentaban su arrojo, metiéndolo en tanto lío. El ruido. Algo había en el ruido, algo intangible que sobreexcitaba a Bitalo. Un ruido espantoso acompañó su muerte y ella no duda que Bitalo se haya ido de este mundo gozándolo. En todo caso, para su decepción, el árbol se zafó de raíz en una honda, suave, poderosa exhalación, entregándose al descanso en el agua.

—Pudiste dejarlo en paz, dondequiera que estés.

Tuviolé cree firmemente —sabe que es absurdo— que Bitalo escucha sus reproches. No está. De ser así, ¿dónde andaría hoy? Metido en una gruta de lombrices. Ahogado en una nube. Flotando en la matriz gaseosa de algún sol, el muy estúpido.

Ginebra recibe el domingo, quieta.

Un jirón de aire helado sana el edificio.

Tuviolé se lleva una mano a la nuca. Sus dedos rozan la gargantilla de ópalo y zafiro que le obsequió el embajador de Filipinas, una joya de buen tamaño, austera y al mismo tiempo magnífica, obra del joyero David Freeland a quien tanto admira. "Una prenda al cuello me hace sentir amnésica", dijo Tuviolé a Nantale en una de sus largas llamadas. "Una joya en una cicatriz, ¿me entiendes?" Llevarse la mano a la nuca es un reflejo del que no ha podido zafarse, pese a los consejos de Nantale, su psicóloga a distancia. El té caliente moja la punta del labio superior de Tuviolé que se dirige al balcón esperando que Gustav permanezca dormido. Dormirá una hora, tal vez más.

Nunca fue elegante o esbelto. Ahora, Gustav le parecía una *cosa.* ¿Cómo era posible que el tipo intratable que respira sus grosor en las sábanas fuera el mismo Gustav del invierno pasado? ¿Qué quedó del caballero que la recibió en la oficina postal luego de extraviarse un paquete de sus colegas de Amberes? ¿Del tacto confortable, la notoriedad jurídica, los labios de tabaco, el agua de colonia? El hombre a quien compartió las llaves de su departamento y acto seguido las hendiduras de su cuerpo, a las que nadie había tenido acceso propiamente dicho. Tuviolé confió a Gustav historias veladas para la mayoría de sus amistades, incluso para Nantale.

Alcanzó la cicatriz con su mano.

—Dondequiera que estés.

Gustav conocía el origen de la cicatriz, nacida al borde de la nuca, oscura cordillera en su espalda. Nunca mostró repugnancia, tan común en otros hombres. A estas alturas, Tuviolé lo ama menos: el precio de haberlo amado pronto, de haberlo amado mal. Le entristece saber que se alejan, aunque valora, si bien de modo accidental, el que Gustav siguiera allí tras conocer su historia, sus historias. Más todavía, agradece las bondades del invierno pasado, la primer noche en el chalet alquilado de los alpes. "Cosa más hermosa", dice Tuviolé. Carcajadas, un sombrero de plumas, el dominio de criaturas mudas en un precioso beso y, a continuación, en orden licuescente, caricias, espasmos, retardos, heladez. La boca rosa de Gustav delineó el negro de su piel con tiza. Transcurrieron minutos deliciosos. Un humo violáceo minó las grutas que yacían desde tiempos neolíticos en su interior, las decoró con luces de neón, sinfonolas felices y melodías que dejaron a los murciélagos bailando en una pata. Errores geográficos equivocaron el rumbo de la boca rosa, que tocó muelle en la cicatriz. Cruzaron miradas.

El sello se rompió. Era mejor decírselo.

—Ahora que estamos solos, bajo esta luna amarilla, puedo discutir contigo mi pasado.

—No lo discutas, si no quieres —respondió Gustav.

Si ella accedía, Gustav la seguiría besando, abriría ruta por un costado sin hacer muecas. La pobre iluminación y el absoluto oscuro de su piel jugaban a favor. ¿Relatos de la niñez? Adelante, pensó Gustav, todos tenemos cicatrices, él mismo cayó en una púa que hizo reír a medio campamento, ya le mostraría la V muy cerca del ombligo. Si ella accedía. Tuviolé se sintió recompensada con quien parecía el hombre correcto. Mostraba un pecho, echado allí como por accidente.

—Fueron las hormigas, Gustav —dijo, anteponiendo el brazo.

Si aquello fue una metáfora, Gustav no la captó.

La niña Tuviolé nació a orillas del Lago Alberto. A lo largo de siglos, los exploradores dieron nombres groseramente ingleses a cada lago, laguna,

montaña, planicie y sistema de cuevas del África oriental conforme les vino en gana. Después de todo, *Lake Albert* era menos invasivo que *Lake Edward*, *Lake George*, *Queen Elizabeth Shore* y el portentoso *Lake Victoria.* Como a su prima Nantale, le deslumbró Kampala, la furibunda capital, desde la primera vez que viajó allá con su padre a refrendar los documentos de ciudadanía. Un recuerdo vago, desmantelado, que no era suficiente. La torre inclinada de la mesquita Old Fort que su padre le mostró por un ventanal del consulado. La flecha de paja en el techo del hostal, que apuntaba a la Meca. Las admoniciones de un predicador hindú, flacucho apóstol de la lejanía que echaba en cara a los transeúntes sus abstractos pesares, subido en un barril, ganando no pocos insultos en el nombre de Alá que lejos de animarlo hacían más vehemente su discurso, la promesa de un Mas Allá abundante, exótico y despanzurrado como los dioses-elefante de su túnica. Y ya. No había más. Kampala, Kampala, la palabra era unas veces de oro, otras de cáscara de nuez. Tuviolé se resignó a hojear mil veces una enciclopedia ilustrada que su grupo de Cuarto Grado adquirió por fascículos, recibidos a razón de uno cada cinco meses. En sus páginas hiló las voces y estridencias de Kampala, el ronco pulso de la industria y el tráfico, olores aprendidos, opuestos, en insultante mayoría, a la referencia máxima: la vida del difunto abuelo en su paso por la milicia kakwa.

En realidad, como Tuviolé leyó en los archivos de la biblioteca nacional y no se atreve a revelar, el traslado del abuelo a Kampala no se debió al cambio de rango que barajaba su madre, sino al descubrirse su afiliación con los insurgentes que fracturaron la dictadura de Idi Amin al otro lado del Nilo. Supo también que, sin juicio de por medio, fue a dar a la prisión militar. Su nombre —y el de otros rebeldes— fue borrado de los testimonios de sus jefes de brigada. Fue condenado a la deshonra de una jubilación temprana, a labores prescindibles de copista legal —un oficio considerado prescindible, dada la rapiña de las Cortes—, lavandero de sábanas en el dispensario, carbonero en el ferrocarril Nairobi-Mombasa y pepenador en un basurero que por las noches se infestaba de marabúes y chacales. Así, el abuelo, chiflado, frágil, mantenido por el sistema —los detalles poco importaban a Gustav—, vagó por los suburbios de Kampala con una prótesis que no necesitaba, cubierto de ronchas, rezando salmos inexistentes, tan símiles en fonética y piedad que los cielos debieron recibir con igual sentido del tributo.

—Viajar era lo máximo, Gustav.

Con Kampala en su cabeza, Tuviolé se apresuró a leer. Muy pronto sus ojos se dejaron atrapar por los caracteres greñudos, festivos y bigotones que circulaban de una línea a otra en recortes de periódico, envolturas de detergente y folletería comercial, traídos de Kampala por aquellos afortunados que salían del embutido selvático —viajes tan poco frecuentes que significaban todo un acontecimiento entre los niños—. Día a día, letras y palabras se revelaron como entes reconocidos, maleables; montaron en sus narices los anteojos del lenguaje, o lo que es igual, plasmaron una fina mascarilla encima de las cosas. Tuviolé jugaba con los demás niños, sopor-

taba a Bitalo, crecía, pero en su pecho había un lento cometa del que quería colgarse de una buena vez, salir de Awawdee, cruzar lo que fuera necesario —había que *cruzar* algo, estaba segura— para cobijarse en Kampala y en otras capitales de nombre radiante, como la gran Delhi de los templos. Hinchada de convicción, aupada por uno de sus maestros que le vio facilidad en ello, en Quinto tradujo al *ru-nyakitara* un folleto francés que ofertaba refacciones de automóvil, y en la ceremonia de fin de curso, para el asombro de todos, recitó en el dialecto *nyoro-tooro* que cantaba su madre un verso de Théophile Obenga que ella misma adaptó, con salvadas correcciones.

—Has leído de Idi Amin. Seguro que sabes algo.

—Algo —dudó Gustav.

Sus antepasados nyoros permanecieron varias generaciones bajo el yugo de un rudimentario feudalismo que los cabezas locales maquinaban en torno a la producción de sal. Los brazos desplegados del Cristo en el cuello del doctor Capriccio se enmarañaban, como una hiedra que no respeta límites, con las prohibiciones de Korah y el rostro monolítico de Idi Amin. Del dictador conservaba una fotografía granulosa y carcomida en la que podía verse —acercándose con una lupa a los puntitos del desfile— al joven abuelo en uniforme de gala. Todo era Cristo, todo era el Korah, todo era temor y reverencia a Idi Amin, a quien se rendía total pleitesía en la aldea y fuera de ella. Tuviolé le profesaba un pavor difícil de explicar. Nantale la conminó a exorcisar la figura del dictador —su presencia dañina e insoluble— nombrándolo. Nombrarlo, nada más que nombrarlo, repetir Idi Amin hasta la indiferencia, iba a liberar humores anegados, burbujas de odio, otras cosas, según Nantale.

—Todo es Idi Amin —resumió.

En nombre del abuelo, la familia se daba licencia de presumir un trato personal con Amin, si bien en forma tramposa. En la condecoración del heroico batallón kakwa que sometió a las últimas tribus del Congo, el abuelo estuvo a centímetros de él. Décadas después, el escalofrío permanece en el cuerpo de Tuviolé. ¿Idi Amin le dirigió la palabra? No, por supuesto. Pudo verlo a los ojos, a los hombros, a los pies.

—Basta, todo es Idi Amin.

Gustav era el hombre correcto para hablar de las cosas felices. El sabor de las aluvias que preparaba su madre, siendo Tuviolé la responsable de cribar la sal en una gran bandeja. Los hebrares de azafrán que en Ginebra sólo se consiguen por correo, de marzo a la segunda semana de junio. La paz del estanque, la sutileza de las grullas a tiro de piedra, el jugoso cáudex de las rosas del desierto con su garganta de aguas perfumadas que Bitalo extirpaba, a punta de machete. Cosas felices.

Hasta sonrió. Gustav le acarició una mejilla.

Entonces volvió:

—Fueron las hormigas —dijo.

A sus siete años, jamás se había topado con *ellas*. Su madre le decía, también de oídas, que horas antes de avistar a la primer hormiga el entorno se paralizaba. Monos, roedores, aves, moscardones. Seres vivientes y no vivientes contenían el aliento para dar paso a un ejército de trescientas mil cabezas, anunciado apenas a tiempo por un roce de céspedes, hojarasca vencida, piedrecitas, a veces ni eso. El parinari rastrero abría sus manos al paso de las tropas. Sombreros de malvácea doblaban sus tallos, en agónicos silbidos. Las trenzas filamentosas de la piptadenia y un sinnúmero de especies más se sometían al avance de aquel ente fluido, multitudinario, que tardaba horas en mostrarse como una sola cosa. Tuviolé tenía la convicción de que las hormigas eran eso, una sola cosa que se yergue y se contrae, emerge, anega, trepa y medianamente devora sin respetar obstáculo o criatura. Ciertos individuos eran de color castaño, pero hablar de la colmena era saturar sus pupilas de un imponente rojo.

—Sueño en colores, Gustav, sueño en rojo.

Gustav escuchaba, sin entender. Le acariciaba el brazo, la mejilla, la nuca, como diciendo "Habla, no te equivocas conmigo". Ella se había lanzado a contar todo a quien parecía el hombre correcto. Además, *la marca* no era la de antes, el tratamiento de regeneración cutánea —que se pagó alternando los beneficios de una beca— resultó magnífico. La cicatriz, en su horrenda mayoría, había cedido. En lo sucesivo Tuviolé hizo caso a recetas y consejos de aquí y allá que acabaron por diluir la obra de las hormigas en el negro de su piel.

—Más que rojo —apretó Tuviolé—, rojísimo.

Y añadió:

—Las primeras, mugen.

Centenares de ellas. Toros del tamaño de uñas que se posaban ante las cosas —ramas, patas de escorpión, alas de golondrina y paloma, piel de niña—, retándolas. Exploraban, escudriñaban y en caso de resistencia blandían su armadura al frente de estupendos cuellos. Tenazas de irrisorio tamaño aferradas en sentido inverso al eje de su presa, con tal determinación que, en ocasiones, si la palanca no era suficiente, sus esqueletos se rompían. Si la tarea superaba la capacidad de un individuo, le asistían uno, diez, cien. Podía hablar de las hormigas toda una noche, con odio, con reverencia. Su cabeza le recordaba una bellota —en la sala de un museo en Belgrado donde se topó con instrumentos normandos de guerra, le parecieron cabezas de ballesta—. Los ojos de los soldados eran puntillas de fósforo que observaban desde una galaxia lejana. Cree que uno de los soldados, sobresaliente en su bravura, le parpadeó.

Pero no lo dice.

—Nada las detiene, Gustav.

Muy temprano, entraron en la choza. La madre de Tuviolé se deshizo de los primeros a escobazos. Antes de volver a recostarse notó que las hormigas trepaban por su falda. Levantó a su familia, azuzó a los perros,

transmitió la alarma al resto de la aldea. Lo que veían, no era posible: a través de cada hueco de la lastimada estructura de cobertizos, techos y puertas de madera y barro, por el entresijo de los muros, por orificios que nadie conocía, asomó esa marea de la que todos, en algún momento de sus vidas, habían oído hablar. El padre de Tuviolé midió el tamaño del problema y ordenó, con sentencias firmes y manotazos al aire, recoger lo indispensable y refugiarse de inmediato en las caperuzas del granero, compartimentos elevados a dos metros del suelo donde se mantenía la cosecha fuera del alcance del ganado. En un operativo desordenado por el pánico de las mujeres, la confusión de los niños y la rabia de los hombres —apaciguar a los disidentes y arrear a los chillones les entretuvo de más— los integrantes de la aldea se agruparon mientras la colmena, envalentonada por un rencor de milenios, cubría la aldea de un rojo expansivo, mutante.

Las siguientes imágenes fueron captadas a medio pelo por Gustav. Al hablar, Tuviolé abría los ojos a un grado que debía doler. Muecas difíciles, monosílabos tiesos, voces que se atan una a otra, torcidas, invertebradas, tintineantes, como patas de hormiga.

—Lo toman todo, Gustav.

Su padre, mareado por el escándalo, planeaba la huida para los más de sesenta habitantes de la aldea, lo que sería su vida a orillas del camino. Tuviolé había entrado a una de las chozas en busca del botiquín de primeros auxilios, que nadie le pidió. Ahí tropezó con un azadón, golpeándose la cabeza. Sufrió un terrible mareo y perdió el conocimiento, no sabe cuánto tiempo: el suficiente para que un mar de soldados cubriera su espalda y obstruyera, entre otras cavidades, sus vías respiratorias. Los soldados se dieron gusto modificando su piel, atareados, quirúrgicos. En el apretujado gentío —mal repartido en las caperuzas del granero— la madre de Tuviolé tardó media hora en percatarse de que su niña faltaba… Entre tanto, un notable puño de hormigas color bermellón entraba por el oriente. Era un cataplasma ancho, viviente, ciego, custodiado por tierra y aire. Avanzaba con parsimonia, lenta, fotográficamente, al interior de un horno de piedra en la habitación mejor ventilada de la aldea. Las hormigas instalaban a su reina. Había decidido quedarse.

—Vámonos de aquí —dijo alguien.

Con cien gramos de hormigas en la espalda, Tuviolé despertó. Gritó. Pidió auxilio. Junto con su padre y otros hombres, Bitalo atizaba a las hormigas en un llanto incontenible.

Movidos al exilio, permanecieron dos semanas a orillas del camino con sus pertenencias envueltas en cobijas, alrededor de hogueras chispeantes en las que las mujeres calentaban arroz y hervían caldos. Hacía guardia una irregular jauría de perros, roncos, míseros, crepusculares. Y dando pena, un toro cebú de ojos aristotélicos, columna en declive, joroba flácida. Flácida es poco decir: un tumor inservible que el hambre y los años echaron a un costado. Tuviolé conoció aquella carnosidad en edad de máxima virilidad, enhiesta, sólida, prominente. Dos semanas a orillas del camino. Dos

semanas que fueron para Tuviolé una sola noche interior, la oportunidad tibia y descorazonadora para tender el alma en un cordel y echarse a rodar de callada manera. "Fue volver a nacer", lo cree, lo repite, se convence. Dos semanas de tos liviana, tos enajenante, tos de río revuelto, tos pisciforme y volcánica que le impedía conciliar el sueño siquiera unos minutos. Los primeros ungüentos aplicados en la nuca y la espalda por el doctor Capriccio le venían deliciosos, apagaban dolores que ardían bajo la piel como una lumbre profunda. El doctor Capriccio, su sola presencia, significó un abrir de ventanas para la niña Tuviolé y para su madre, quien lo agradecía con dulces vocablos en *ru-nyakitara* que el italiano no supo o no quiso responder. En cambio, el ayudante de médico sí que respondía a las muestras de cariño: el jovenzuelo hacía fumarolas de tabaco, mimaba a Tuviolé, echaba piropos a la densa neblina y tocaba deliciosamente un bandoneón de panza grande que sacaba suspiros a la gente. La neblina nunca fue tan espesa. Los protegía, al tiempo que los tenía atrapados. El cebú meditaba abstracciones que, a decir de su faz mansa, no vale la pena compartir, escolástico, sofista, babélico, mascando pasta vegetal que iba y venía de sus estómagos.

Fue su padre quien desparramó a las hormigas con una estopa bañada en combustible. No: fue Bitalo. Así le gusta recordarlo.

—Ahora ya lo sabes, Gustav. Perdóname.

Se talló la nariz, se enguajó los ojos.

Gustav la escuchó hasta la primer hora del día.

Gustav el de hace años, no el Gustav de hoy que, voluminoso, desnudo del torso, saca a Tuviolé del bochorno y saluda al domingo con un estruendo metálico. Ha azotado la puerta del refrigerador. Tiene hambre.

—¿Tenemos pimienta? —dice Gustav.

—Buenos días. ¿Pimienta para qué?

—Para el café —responde Gustav, tal vez en un sarcasmo—, para volar el mundo en mil pedazos, para un acto de circo, qué más da.

Es su primera conversación en dos días. Tuviolé señala con un movimiento de cejas el anaquel superior donde guarda la pimienta.

—¿Y nectarinas? —ladra Gustav.

—No hay.

Tuviolé da el último sorbo de té. Y se corrige:

—No hubo.

—¿Qué quieres decir?

—No es temporada, Gustav.

Gustav no atina a reaccionar a lo que considera una respuesta tonta. Se calza los zapatos, se enfunda una playera sucia, toma las llaves del auto y sale del departamento.

—Habrá nectarinas en el Morris o en otro lugar. No estamos en la selva.

*Slam.* Ha azotado la puerta de ébano. A la distancia se enciende el motor del auto, que toma la calzada y se aleja. Haberlo amado pronto, haberlo

amado mal. Con indiferencia, Tuviolé enjuaga la taza en el depósito de la cocina.

—Sé perfectamente donde estamos —gruñe.

Enorme, amorfo, el cadáver del árbol tardó semanas en secar. El estanque perdió lo diáfano. En su raíz y aguas tenebrosas los niños conocieron nuevas criaturas del bosque, venidas del subsuelo, inauditas, transparentes, que reptaban y se escurrían en pos de la profundidad. En su lugar hallaban luz, agua revuelta, cantos, una cuchara o una red que los transportaba al interior de botes. Hubo que esperar a que el estanque hallara un nuevo estado de serenidad. Éste llegó en voz del doctor Capriccio, cuyas visitas siempre acompañaba de buenas noticias. El doctor los escuchó añorar el manantial. Tuviolé y Bitalo limpiaban unas cazuelas, metido el cuerpo en ellas.

—No murió, niños —les dijo.

—Ya no somos niños —reclamó Bitalo.

El doctor no reparó en ello:

—El agua nunca muere. Busquen en la raíz.

Exhaltados, corrieron al estanque. No sería posible beber del borbotón original, que quedó sepultado bajo el monstruo, ni defecar en sus caricias, pero el agua se había abierto paso y fluía de la raíz como si nada hubiera sucedido. Los filamentos más pequeños, cabellos rubios, se hinchaban de agua que los recorría buscando una caída. Una mantis de alas púrpura acuchillaba el aire con sus vainas de cimitarra. Escarabajos con cabeza de zarzamora esparcían su carga dorada en la corteza y volaban al poniente, ligeros de alas, al tiempo que fornidos gorgojos subían con sus carros de hierro.

Fue una visión maravillosa.

—Dondequiera que estés. Y, ¿dónde estás?

El nuevo estanque era una trinchera perfecta. A la hora buena, con los adultos metidos en sus cosas, la disposición horizontal del tronco permitía a Tuviolé y Bitalo retozar con cierto exceso, tan apartados de la aldea como era necesario, a salvo de juicios y amonestaciones. Sus cuerpos —particularmente ese verano, el último, el de sus doce años— se hincharon de luces, brotes e inminencias, caracterizándose uno frente al otro. La oferta era desigual: Bitalo mostraba sus pectorales de buen mozo, dos losas de bronce que Tuviolé comparaba en silencio con las hogazas de pan que vio en un aparador de Kampala; ella, en cambio, no veía florecer lo suyo y comenzaba a desesperar. Se disculpaba con Bitalo. "Ya llegarán, primo", decía. Bitalo no lograba figurar qué era lo que llegaría, ni cómo. La voz de Tuviolé se había alterado un ápice, a oídos de Bitalo. Había adquirido un trigueño timbre en la garganta, y eso, para él, eran maravillas por venir, la prueba inequívoca de no niñez por la que intentaba hacerla hablar lo más posible.

—Acompáñame al agua —decía, llevándola.

Una vez en el estanque, Tuviolé respiraba tranquila. Caminar hacia allá, solos, era incómodo. Era emocionante, e incómodo. Bitalo aprovechaba la vereda para tomar sus manos, insinuarle cosas. A veces, con espontaneidad animal, le mostraba el falo, firme, limpio, poniéndolo en paralelo al de las flores que abrían su excitación al vuelo de los insectos. Vociferaba, sucio. Engordaba la voz, flexionaba músculos de los que ella no tenía noticia, en fin.

Tuviolé quiso sacar su mano de entre las manos de Bitalo.

—Mira. Mira eso —dijo él, frío.

A medio curtir, tendida en el cordel, la piel del sitatunga.

Rayones blancos, nubes de ceniza y bronce en un telón dividido por las eras geológicas. Escarlata, plena, escurría las últimas líneas de sangre, un dejo de carne viva que los perros agradecían con sus lenguas hasta que un chasquido amenazador salía de la choza. Sin duda, era el atuendo de un rey. Se detuvieron a contemplarla en una posición que, ventiún años después, en un tercer piso de la vieja Ginebra, a Tuviolé le es imposible repetir: acuclillados, con la carita alzada y las bocas abiertas, los brazos sueltos entre las piernas al contacto con la tierra fresca.

—Tu papá, qué dijo de la roja —arponeó Bitalo.

—Te dará cualquiera menos *ésa* —respondió ella.

Bitalo había participado en cacerías organizadas por su hermano mayor en las que colectaban pieles de impala, waterbuck, cob y algún búfalo pequeño que amanecían en cordeles, cubiertas de sal. Había casos excepcionales, muy comentados entre las familias: la captura de un *palanca preta* de piel negrísima y solemne que iba a dar al despacho de algún funcionario de Kampala, o la de un éland, tan amplia que el doctor Capriccio la utilizaba para cubrir su jeep en noches de tormenta. Bitalo las conocía bien. Y sabía que, si nadie las reclamaba, eran tiradas a los perros. Los sitatunga eran escasos, y éste era un ejemplar insólito, según el relato de sus cazadores. No fueron suficientes dos noches para reconstruir los detalles de la pesquisa. El relato pasaba por un sistema de túneles, acueductos, viscosidades. El animal los tuvo en vilo hasta el amanecer, siempre desde un punto ciego, fuera de tiro, llamándolos con el *kic-koc-koc* de sus pezuñas que algo tenía que ver con el honor. Temían adentrarse en rutas desconocidas y reventar una mina, amenaza latente que se había cobrado la vida de muchos. En un mano a mano que alzó ruidosas parvadas en el techo del bosque, el padre de Tuviolé degolló al animal. En todo caso, la escena del aniquilamiento, haya sido de tal forma o no, se amplificó en el pecho de Bitalo como una nube densa, pesada, azul.

Tuviolé apoya los codos en la ventana que regala una imponente vista al Lago Leman. Lago Leman, Lago Alberto, el agua nunca muere. Gustav

volverá en cualquier momento, hallará nectarinas en el Morris o en la impecable Hearth of Foods, traídas de Norteamérica, traídas a su vez de Murcia o San Juan de Puerto Rico a precio inflado. Por un compromiso íntimo con el pasado, nutrido por inercia, Tuviolé sólo compra frutas producidas en África. El domingo se acalora y gime. Con una caricia rutinaria y maternal, Tuviolé guarda la gargantilla David Freeland en un estuche de seguridad. Se desnuda, entra en la regadera.

—Si yo fuera tú, correría de mí mismo —reclama.

El chorro de agua tibia desciende por su espalda. Con los dedos se libera algunos rizos.

—Debí decirte que el muy tonto mentía, Papá. La piel era para mí. La roja. ¿Se la habrías dado? No sé si se la habrías dado. Mmm. Estaríamos contigo, estaríamos fuera del estanque, la vida sería otra.

Bitalo, el niño enfermo, el que debía causar lástima, se atrevió a pedirla. Aunque mintió. Tuviolé lo sabía, lo calló. Nada de morral ni emulaciones al abuelo: Bitalo iba a rajar la piel en siete listones, los de su traje de novia.

—Es perfecta —decía Bitalo, que era una nutria en el estanque—. Te verás como las mujeres de ciudad, que se casan llenas de espejos.

—No son espejos.

El bosque enmudecía en la tarde fatal.

— Soy como el pasto, ¿ves? No puedo enamorarme de ti.

—No seas boba, claro que puedes.

—Tú necesitas una mujer-mujer —observó Tuviolé, en otro tono—. Además, veo cosas.

—Oh, ves cosas. No eres la única. Yo veo que mañana, a esta misma hora, la piel estará podrida.

—Te dolería saberlas.

Bitalo picó:

—Dímelas, soy un hombre ya.

Ella accedió a responder, insegura del rumbo que tomarían sus palabras.

—Veo que todo sale mal. Mi padre no te dará la piel del macho. No vamos a casarnos y lo demás seguirá igual, o peor que antes. ¿Desde cuándo está tu mundo de cabeza, Bitalo? ¿No ves los mismos colores que yo? Estúpido, agosto se la ha tomado en contra tuya.

—Tienes que convencerlo —respondió Bitalo, apenas convincente.

En algún momento se escuchó la ráfaga.

Los ataques a la aldea se habían vuelto frecuentes, recuerda Tuviolé, triste, metida en una toalla. La iluminan vapores de la ducha, al tiempo que el monoplaza de Gustav entra en el callejón y apaga su murmullo al pie de la ventana. La muerte violenta de uno de los ancianos de la aldea enardeció el pleito entre castas, y los niños sabían que a la primer sospecha debían interrumpir los juegos, localizar a un adulto y seguir instrucciones hasta el próximo refugio. Desde el amanecer se habían escuchado detonaciones lejanas, suspendidas en el silencio abrumador del bosque, no como ésa, casi encima de ellos. Salieron del estanque en dirección contraria al conflicto y

corrieron, guiados por la aventura más que por el miedo. Bitalo corrió a menor velocidad de la que era capaz: la desnudez parcial de Tuviolé inundó sus ojos de un advenimiento que no conocía. En un terreno elevado y limpio de matorrales, Tuviolé se sintió a salvo. Quería detenerse, voltear, abrazarlo, rodar en chillidos de pillería como otras tantas veces… Un pavoroso chasquido de hierro y ramas reventadas la detuvo, lastimando sus oídos. Bitalo activó una trampa para leopardos que los guerrilleros ocultaban en la maleza, destinada, sin duda, para uno de los adultos de la aldea. Tuviolé sumió la cara en sus manos con la mayor fuerza posible.

—Sufrió poco —se repite Tuviolé.

Los pasos de Gustav ascienden por la escalera. Tuviolé se entera de que en sus relatos a Gustav —al Gustave del invierno pasado— no mencionó a Bitalo. ¿Por qué habría de hacerlo? Sufrió poco. Los leopardos que merodeaban el bosque debían ser monstruosos, cálculo entonces la niña Tuviolé, aunque hoy sabe que los leopardos del bosque Kíbale no son mayores a un lebrel. Exageradas en su cometido o no, las trampas eran, ante todo, eficaces. A veces partían en dos a la víctima. Bitalo, el infeliz, ¿fue partido en dos? Tuviolé no tuvo fuerza para verlo. Obtuvo sus conclusiones por el ruidazo terminal de aquel escalofriante sistema de tijeras, hojas metálicas, y, sin pretenderlo, escuchó un final de pulmones abiertos, absoluciones líquidas, gárgaras de sangre. Corrió a los brazos de su padre, que gritaba su nombre desde hacía una hora. Tratándose de una tragedia menor en el contexto de las huidas y emboscadas que se venían padeciendo, se libró de dar explicaciones. Lo enterraron en paralelo al cuerpo del abuelo —o eso entendió ella— en un claro del bosque Kíbale al que Tuviolé se ha prometido volver.

—Fue la guerrilla, Gustav.

La guerrilla expulsó a su familia y a cientos de aldeanos de Awawdee que arrastraron su frágil patrimonio e incertidumbres unos cincuenta kilómetros al sureste. La guerrilla; no la pérdida de Bitalo ni el eco de las tenazas quebrándole el tórax. "Dondequiera que estés." Gustav entró al departamento sin azotes de puerta, con una nectarina de buen tamaño que le muestra, ya mordida. Los años simplifican las cosas. Encapsular aquello en un supositorio y metérselo por el trasero a la ciudad de Ginebra. Colobos y macacos con facha de patriarcas, chimpancés en gestos de abolengo, monásticos antílopes de piel rayada que se arriman al abrevadero y los restos de Bitalo enterrados a la sombra bulbosa de árboles que son monumentos en el corazón de Uganda, indómito, nebuloso, como el de Tuviolé.

*Javier González Cárdenas*

# Sostiene Alano

Me gusta platicar con Cló porque es la única entre mis amigos que me ha levantado el ánimo después de mi rompimiento con Clarissa. Tres años compartiendo la cama con la misma mujer no es cualquier cosa, y menos después de que anduvo rolando entre mis compas unas fotografías en las que aparezco en paños menores y en situaciones vergonzosas. Fotografías en las que se me ve en calzones lavando la taza del baño o barriendo la cocina, esa cocina que extraño y que Clarissa y yo compartimos por más de un año. Toda esa vergüenza me la tengo que tragar porque a Clarissa se le ocurrió prestarle los negativos de una fiesta a Rodolfo Gandarilla y éste, en vez de limitarse a imprimir las fotos del *party*, acabó imprimiendo también nuestras fotos personales. "Es lo malo de combinar fotos de fiestas con fotos privadas" –se limitó a decir Rodolfo, luego de que me lo encontré compartiendo su descubrimiento con los demás empleados en el comedor del Centro. Mis compañeros no me bajaban de mandilón y de *pussy*. Hasta tuve que aguantar las miradas burlonas de los intendentes. Y todo para qué, como dice la canción, tanto apechugar chingaderas para que Clarissa me trapeara el seso con mis debilidades. Y uno qué va a saber que su morra se iba arrejuntar con el Subdirector del Centro. Lo malo es verla llegar al trabajo todos los días abrazadita del Sub. Eso y lo otro: su predilección por las faldas cortitas que me hacen rabiar de deseo y rencor.

Prefería juntarme con Cló, aunque me tuviera lástima. Prefería atender sus consejos en vez de seguir escuchando los improperios y las guasadas de quienes decían llamarse mis amigos. Después de que Clarissa quebrantó nuestro nido de amor, Rodolfo se dedicó a hacer escarnio de mi pesadumbre. ¿Pues a cuántas morras te has echado al plato?, preguntó. Sólo a Clarissa, confesé. Con razón andas tan jodido compadre. ¿Y ella, a cuántos se ha echado?, insistió. Pos nomás se ha acostado conmigo, dije. De eso nunca puedes estar seguro hermano, pero si eso fuera cierto, pos luego luego se explica porqué te dejó Clarissa. A estas alturas ninguna morra se puede consolar con una sola gaver. Esa es la verdá. Además, todos queremos ir más allá. Nadie se conforma con una sola pareja en su vida. La vida es para vivirse mi hermano. Es lógico que Clarissa quiera explorar la cama con otros, contimás cuando tú has tenido una sola experiencia. Te pudiste acostar mil veces con Clarissa, pero eso cuenta como una sola experiencia. Para curtirse hay que subirse al ring con otros contrincantes, no puedes quedarte a boxear con un solo púgil, así nunca terminas de cuajar en el arte de la cogida.

Supuse que Rodolfo tenía razón, mi vida sexual no terminaba con Clarissa, así que me propuse obtener la experiencia necesaria para salir adelante. Decidí hacer exactamente lo que Rodolfo me había indicado. Me dedi-

qué a visitar uno de los burdeles que me recomendó. Al principio me pareció extraño que un hombre casado conociera bien esos ambientes, pero supuse que por algo Rodolfo me llevaba varios años y vivía felizmente casado. Cuando le dije que me la pasé todo el fin de semana en el Túnel Rosa –así se llamaba el congal-, casi se caga de la risa. Me dijo que todo había sido una broma y que el mentado Túnel Rosa era un burdel de travestis. Yo le aseguré que no, y para sacarlo de dudas le mostré las fotografías que había tomado con la cámara de mi celular modelo M-EKUS 45. Yo pensé que en los congales no te dejaban tomar fotos, me dijo. Pobre wey, pensé, se nota que la vida conyugal lo tiene alejado de los nuevos avances de la telefonía celular. Le expliqué que lo único bueno que me dejó la separación fue darme el lujo de invertir en nuevos juguetitos, y que el M-EKUS 45 era un celular que podía tomar fotos a discreción, esto es, sin necesidad de abrirlo para enfocar el objetivo de la foto. No seas gacho Alano, mándame las fotos a mi correo electrónico, ¿no? Simón, le dije. ¿Y cómo te fue con las putas?, preguntó Rodolfo. Por falta de cultura en materia de educación sexual me vi impelido a soltarle la sopa. Le conté que al primer acostón una de las prostis se sacó de onda cuando al final del coito no pude separarme de ella, a causa de la cotidiana hinchazón que se me presentó en el glande. ¿No pudiste o no quisiste?, preguntó. Entonces le confesé que todos mis encuentros sexuales con Clarissa habían sido así: al final, cuando me venía, se me hinchaba el miembro y me resultaba difícil extraerlo de su vagina. La verdad –le dije-, yo siempre creí que eso era normal, pero como quería convertirme en un experto del sexo y la calentura no se me bajaba, esa misma noche me acosté con otra prosti que también se sacó de onda y me dijo que eso sólo le pasaba a los perros. No mames, dijo Rodolfo, eso no es normal cabrón, me late que tienes que ir al doctor. Pues con razón te botó Clarissa. No mames, eso es peor que la sodomía. Pobre Clarissa, imagínatela, le estabas destrozando la panocha. Rodolfo se alejó de mí, doblándose de risa por el pasillo principal del Centro.

Debo admitir, a riesgo de sonar cursi, que no me dolió tanto la risa de Rodolfo como me dolió su última frase. El resto del día, sumido en la chamba, no dejaba de escuchar: "pobre Clarissa, imagínatela, le estabas destrozando la panocha". Debo aceptar que seguía pensando en Clarissa, incluso cuando subí las fotos de las putas a la computadora para enviarlas al imeil de Rodolfo. Con todo y eso, seguía recordándola, imaginándomela en los rostros de las prostis. Ese mismo día, para acabarla de chingar, mi amigo Rodolfo se dedicó a esparcir el rumor de que a causa de mi separación, la calentura me traía jodido y que, por despecho, me gastaba las quincenas en las prostitutas de un tugurio de mala muerte. Muchas de las secretarias que antes me saludaban con gusto –o con lástima- dejaron de hacerlo. Para colmo de males, en uno de tantos forwards, las fotos llegaron a la bandeja del correo electrónico del Sub. Entonces se armó la gorda. El Sub me mandó llamar. Entré a su despacho y no paró de hablar de la miseria de hombre en que me estaba convirtiendo. "Oye Alano –dijo el Sub-, no voy a hablarte de superior a subordinado, porque hay cosas que mere-

cen otro tono, otro tipo de consideraciones. Tampoco quiero insinuar que tu comportamiento afecta la imagen de la institución, pero me preocupa tu estado psicológico, y me preocupa que todo el mundo esté enterado de cómo te parrandeas el sueldo en los prostíbulos. De hombre a hombre te digo que te estás convirtiendo en un remedo de ser humano. Esto me preocupa porque tu vida privada sólo debe ser de tu incumbencia y de nadie más. Estas fotografías que llegaron a mi correo electrónico llevan tu firma. ¿Qué no sabes que todos los mensajes de correo electrónico incluyen el nombre del remitente? Te lo digo como amigo, y no como superior: si cuidas tu reputación también cuidas la imagen de la institución. ¿Cómo puedes permitir que todas las secretarias del CEMAC se enteren de tus bajezas? Un hombre debe ser sarcófago de sus pecados, y no andarlos pregonando a los mil vientos. Hasta para eso hay que usar la ética. No es ético andar presumiendo las aventuras de uno. Y ésas fotos que enviaste son de mal gusto. Se nota que no te ha servido de nada trabajar en el Departamento de Artes Visuales todos estos años. Confío en que esta escena no se volverá a repetir, de lo contrario no me dejarás otra alternativa que actuar con mano dura. Puedes retirarte".

Al salir de su oficina las secretarias me pusieron caras de reproche y me fui directo a la cafetería a comprar una bolsa de tostitos para alivianarme la cruda. Ya ni Angélica, la cajera de la cafetería, se dignó a saludarme, y cuando quise entregarle la feria me dijo que la colocara sobre el mostrador. Por lo visto tenía miedo de que le contagiara una infección. Me hubiera gustado gritarle que siempre uso condón cuando me meto con las putas y que utilizo guantes de látex para acariciarles el puerquecito, pero me contuve con tal de no darle la razón.

A la hora de la comida Cló también me lanzó una mirada de rechazo, pero su buena educación le impidió retirarme la palabra. ¿Qué te dijo el Sub? –me preguntó Cló.

—Me habló de ética el culero –le dije, un tanto alterado-, qué pinchi cinismo me cae. Como si fuera ético bajarle la novia a sus subordinados. Lo que más me cayó de a madre fue que dijo que mis fotos eran de mal gusto, pero el puto bien que autoriza las fotos de viejas encueradas en las exposiciones, desde teiboleras hasta mujeres embarazadas, dizque representando la sensualidad de la mujer. Son chingaderas.

—Es que tú también ya ni la haces Alano –dijo Cló-, ¿cómo se te ocurre pasarle las fotos a Rodolfo Gandarilla si sabes que te tiene envidia porque a él le toca el trabajo administrativo y tú te la pachangueas en el Departamento de Artes Visuales y Vacíos Performáticos?

—Entiéndeme poquito Cló –dije-, entiende que desde que Clarissa me mando al diablo me siento oxidado, como si me rechinaran las coyunturas, y necesito amigos en este momento, amigos que también me guíen para no quedarme sumido en la inercia del dolor. Son los únicos que pueden orientarme en esto, o ni modo que tú me acompañes a los congales. O ya mínimo me presentaras a una de tus amigas, pero ni eso.

—Te doy la razón –consintió Cló-, pero tú solito te la pones difícil, porque con esa reputación que te estás labrando no vas a pescar ni una pulmonía. Lo único que puedo hacer por ti es aconsejarte que no te juntes con esos envidiosos, porque nomás están sobres de tu chamba. Se nota a leguas que te quieren hacer quedar mal con el Sub. Pero es tu rollo. Tú sabrás lo que haces.

Era probable –muy probablemente, dijera mi amigo el Indio- que Rodolfo Gandarilla y el Tito Buenaventura me tuvieran envidia por trabajar en el Departamento de Artes Visuales y Vacíos Performáticos. Nunca creí que sus bromas tuvieran la intención de enemistarme con el Sub, hasta que al siguiente día empezaron a aparecer condones usados en mi escritorio. Por fortuna siempre llegaba quince minutos antes de las ocho. Eso me daba tiempo para deshacerme del condón antes de que arribara Soraya, mi asistente. En esos días, para colmo de males, me hice de palabras con un pintorcillo de segunda que se las daba de exquisito. En realidad pintaba cuadros decorativos y los hacía pasar por arte abstracto, pero nadie le podía hacer el feo a Carlos Herpez porque se llevaba de palmada y pellizco con el Sub. Era uno de los artistas intocables del CEMAC. Por desgracia ese día me topé a Clarissa besándose con el Sub, antes de bajarse de su auto, y el Herpez me agarró en un irascible estado de ánimo. Encima de todo el seudo – pintor le tomó una fotografía al yogurt chorreado que estaba sobre mi escritorio y dijo que pensaba mostrarla en su siguiente exposición, porque dizque "simbolizaba la eterna gula de la burocracia". Después de semejante burla todavía me pidió prestado un vehículo institucional para trasladar uno de sus cuadros a la casa de un cliente. Me negué rotundamente arguyendo que debía solicitar ese servicio con tres días de anticipación y me tildó de inepto y desconsiderado. Me llamó roedor institucional, delante de Soraya, y alegó que el trato que le dábamos era injusto, y que si fuera un pintor proveniente del defe o extranjero, de volada le hubiésemos conseguido un raite. También amenazó con soltar un periodicazo donde expondría mi nombre y las injusticias burocráticas del Centro Municipal de Arte y Costura (CEMAC).

Te van a llamar la atención Alano –profirió Soraya-, ¿no te da miedo que le llegue la noticia al Sub? El cuadro estaba muy grande, el pobre no lo puede trasladar a pie.

Estos pintores tienen que aprender a tratarnos bien –le dije a Soraya, en tono pedagógico-, si te dejas te cogen estos cabrones. Por ese cuadro mínimo le pagan dos mil dólares, y todavía se pone a exigir como si el CEMAC fuera suyo. Tú eres testigo. Yo nunca me negué a proporcionarle transporte, sólo le sugerí que hiciera sus solicitudes con tiempo. De un día para otro no se puede. Además, así sirve que se acostumbra a pintar cuadros más chicos. Si no tienes auto, pues entonces dedícate a la fotografía. Es más fácil transportarla –concluí.

El viernes de esa misma semana, ni tardo ni perezoso, el Sub me mandó llamar. Como era de esperarse me sermoneó acerca del trato preferen-

cial que debían recibir ciertos pintores y subrayó, ante mi estupefacción, que Carlos Herpez no era uno de ellos.

—Ese pintor, el Carlos Herpez –me dijo el Sub- no es indispensable, no es tan importante como un Chico Manchón, un Martín Calcante, un Mar-cos Remaches, un Pablo Pincelín o incluso Pedro el Crayolas Gutiérrez, que desde hace tiempo sólo trabaja con cartulina y papel maché. Hace rato vino Carlos Herpez a acusarte de que no lo tratas como a los pintores de-fectuosos. Te hablé nada más para decirte que no te preocupes por él, yo me encargaré de que se le bajen los humos. Me preocupa más lo que me contó el supervisor de limpieza. Encontraron un condón usado en tu es-critorio Alano.

—Yo le aseguro –contraataqué- que ésa es una broma de los administrativos.

—A ver cómo le haces –replicó el Sub-, porque si vuelvo a enterarme de que siguen apareciendo condones en tu escritorio, te suspendo una semana sin goce de sueldo, y a la siguiente te corro. Piénsalo. Ya estuvo de bromitas.

Bajo esa amenaza no me quedó otra más que urdir un plan contra mis detractores. A la hora de la comida me fui derechito al cubículo de Rodolfo y lo encontré refinándose un sándwich con Tito Ovalle. Se la canté derecho. Le dije que ya estuvo con los condones malolientes en mi escritorio y que la guerra estaba a punto de comenzar. Estaba listo para la retahíla de insultos o de bromas pero, en vez de eso, Rodolfo dijo que cero broncas y que para celebrarlo me invitaban esa misma noche a rolar por el Túnel Rosa. (Charanga tu macua, pensé, ya cavaste tu tumba). "Sobres –dije-, saliendo de aquí nos vamos al *Pink Tunnel*".

Ya estaba a punto de salir de la oficina cuando me la malicié que esa noche se podía ir larga. Entonces guardé bajo llave, en un cajón del escritorio, la mitad de mi quincena. La otra mitad la dividí en dos y me guardé una parte en la cartera y otra en el calcetín, por si las *flies*. Afuera me esperaban el Tito y Rodolfo en un volcho amarillo. Pensé que la venganza no iba a ser fácil con ese par a cuestas, pero ya no había salida. Ya sólo me quedaba apechugar y si se daba pues se daba.

Ya en el Túnel un mesero se me quedó viendo con cara de pocos amigos, pero con todo y eso nos acompañó hasta una mesa y nos leyó la carta. Pedimos sendos vasos de cerveza y nos diluimos en los asientos frente a las famuyitas que taconeaban la pista de baile. La desnudez de las damiselas era avasalladora. No terminábamos aún nuestras primeras cervezas cuando aparecieron un par de teiboleras. De inmediato se acomodaron entre nosotros y se presentaron como Yolivette y Ashley. Ambas iban disfrazadas de atuendo rosa, con el ombligo al descubierto y minifaldas. Tardaron poco en ordenar sus bebidas. Me acerqué al oído de Rodolfo para decirle que las bebidas de las teiboleras solían ser más costosas y acordamos que cada quien aportaría una lana para pagarlas. La tal Ashley era una mujer pecosa, de trenzas largas, y cada vez que se reía mostraba una hilera de dientes chuecos, por lo que preferí apodarla "Chilindrina".

—¿Entonces qué mi chilindrina? –dije-, se ve que tú eres de las que sale directo al cuarto.

—Con todos menos contigo –dijo, delatando su idolatría por Timbiriche-, ya me dijeron las meseras que cuando coges te quedas pegado, como perrito.

El comentario de la Chilindrina desató todo tipo de chascarrillos en mi honor. Al parecer todos los empleados y empleadas del Túnel Rosa estaban enterados de mi comportamiento sexual. Al cabo de unos minutos la Yolivette se dirigió al baño y yo aproveché para preguntarle al Tito si se iba a hacer la machaca.

—Nel –dijo el Tito-, parece que la morra está agüitada porque su bato la abandonó aquí. Se la trajo del Distrito Federal y le dio una patada en el trasero.

El Tito se levantó del asiento y se dedicó a perseguir a la Yolivette por todo el congal. La Chilindrina aprovechó el hueco que el Tito había dejado para sentarse en las piernas de Rodolfo. Se bajó el sostén y dijo que le dolían las tetas. Acto seguido, jaló uno de sus pezones. Se lo apretó con dos dedos, como si estuviera ordeñándose a sí misma, y un líquido blanco comenzó a emerger de su tetilla. Supuse que aquel acto había sido suficiente para que a Rodolfo se le bajara la calentura, pero el desplante lo alebrestó aún más y le plantó un beso en la boca a la Chilindrina. El beso duró largo rato, lo suficiente para que yo ideara la venganza perfecta. A pesar de su embarazo, había que aceptar que la Chilindrina era guapa. Aún conservaba un aire juvenil que le daba apariencia de lolita. La estuve escaneando mientras Rodolfo se la besuqueaba y le jalaba las tetas, hasta que algo más interesante llamó mi atención. Sobre la pista apareció una mujer madura con varias protuberancias que la emparentaban con la perfección de mi Clarissa. El pinchadiscos la anunció como "¡la sensualísima, excitadísima y nalgonsísima Cassandra!" El embeleso me atrofió el cerebro. Una especie de erección pupilar me apendejó la vista y, de repente, sentí que un billete palpitaba, junto con mis ansias, en el interior de mi bolsillo. Me dejé poseer por la mirada de la bailarina y me convertí en una especie de sonámbulo, pues aquello –conjeturé en mi embriaguez- debía ser un sueño, o un producto de mi lasciva imaginación. Abandoné la mesa y me dirigí, con seguridad, hasta la pasarela. Justo cuando llegué a la barra circular, donde se acodaban mis hermanos de lujuria, extraje el billete y Cassandra se aferró a uno de los tubos de la pista. Comenzó a escalarlo y, en ese acto, me obsequió una mirada anal – ítica, y como si el ojo de su trasero hubiese identificado el tamaño del billete, se paró frente a mí. Antes de entregarle el billete, la bailarina tomó mi mano y se la pasó entre las piernas. Luego, como si eso no fuera suficiente, dio media vuelta y se dobló por completo. Aproveché el momento para clavarle el billete en medio de la tanga y, al verificar el fulgor de mi billete, Cassandra me recetó un beso francés que se alargó por varios segundos. Esos segundos bastaron para que yo cayera redondo y constatara que la bailarina no se parecía en nada a Clarissa. Sentí que una dicha de fogosa ternura me invadía por dentro, haciéndome caer

en cuenta de que el amor era mi vicio y que, además, podía yo ir por el mundo enamorándome de distintas mujeres.

De regreso en la mesa escuché las risotadas de Tito y Rodolfo. Rodolfo me dijo: "¡Ah, cómo eres baboso! ¡Cómo se te ocurre meterle un billete de cien pesos en la tanga!" Rodolfo no sabía que aquellos cien pesos me habían devuelto una calma necesaria. Ese acto profanaba mi amor por Clarissa y garantizaba que aquel sentimiento atroz se iría desvaneciendo con el paso del tiempo y de otras mujeres por mis armas. El billete de cien pesos significaba que la vida después de Clarissa era posible. Era el símbolo de que el amor también podía ser una cárcel con barrotes de cartón, de la que uno podía salir y entrar cuantas veces quisiera. En pocas palabras, me sentí a toda madre de que en el amor existieran las *get out of jail free cards*.

Mientras que Tito y Rodolfo se engolosinaban con la Chilindrina y la Yolivette me dediqué a brindar por la fugacidad del amor. Las cervezas iban y venían y no pude dejar de pensar en la bailarina. Después de varias chelas apareció. Estaba sentada en una de las mesas del fondo. Sin pensarlo dos veces me dirigí a su mesa y le ofrecí una bebida. Cassandra se conformó con un humilde Chivas Regal y, en medio de caricias bajo la mesa se la canté directo: "¿Cuánto cobras por compartir tu belleza?" –le dije, con poético cachondeo.

—No te voy a mentir –me dijo, con franqueza de diva-, la neta no pienso meterme contigo porque ya supe que tienes la verga de perro.

Hubiera preferido que la respuesta de Cassandra derrumbara mi erección, pero no hizo sino entiesarme aún más las circunstancias, pues para colmo de males ya me había imaginado sus cuarenta y tantos años de carnes galopando con furia sobre mis ingles. En ese momento me arrepentí de haber sido tan propio en la invitación, pero también supuse que Cassandra formaba parte de los altos índices de analfabetismo en nuestro país y que le habría resultado difícil decir que no quería abriirme sus prodigiosos orificios por cuestiones de canina envergadura. Lo peor de todo fue que también le entré al Chivitas y me puse muy briago, pensando que los tragos podían elevarme a la altura de su analfabetismo. Entonces me alejé, sin despedirme, hacia la mesa de mis compinches sólo para descubrir que habían sido raptados por la Yolivette y la Chilindrina. Agüitado y apendejado por el güisqui salí dizque a tomar aire, pero el aire fue el que me tomó a mí, jalándome de las greñas neuronales, y me metió semejante zancadilla que por poco acabo besuqueando el piso. Ni pedo –eructé-, me voy a casa derrotado, pero con la libertad erecta.

Rumbo a casa me topé con un bar llamado la Funda del Salchichón. Por pura curiosidad me asomé para ver lo que estaban regalando y alcancé a ver a dos tipos que me parecieron conocidos. Yo creí que era demasiado bueno para ser verdad y para asegurarme de que no se trataba de una alucinación alcohólica saqué la M-EKUS 45 y archivé unos cuantos cuadros para la posteridad. Al día siguiente podría constatar si mi pulso de borracho era tan bueno como mi pulso sobrio.

Cuando el taxista me dejó a dos cuadras de la casa de mis jefes pensé de nuevo en mi antigua morada, subrayada por la cruel distancia de mis mejores días con Clarissa. Mi derrota ascendió el siguiente peldaño al percatarme de que las llaves de la casa no estaban en mi bolsillo. Por las prisas la había olvidado en el CEMAC. Como ya me andaba por desaguar los últimos tres güisquis, me agarré del primer poste y solté el manguerazo. Mientras orinaba noté que mi miembro se mantenía erecto. Bajo esas circunstancias no atiné a controlar el manguerazo y acabé regando el jardín de la casa vecina. La Suripanda, una perra que mis jefes adoptaron en cuanto me fui a vivir con Clarissa, se acercó a olisquear mis orines y concluí que el destino quería decirme algo, o cuando menos darme alguna pista sobre mi vida futura. Lo gacho fue que no interpreté correctamente la señal y demasiado tarde me di cuenta de que una patrulla me estaba faroleando. Recordé que traía clavada una feria en el calcetín y el sólo hecho de imaginar los billetes en manos de los gendarmes me horrorizó. Comencé a correr trastabillando con los pantalones desabrochados. La Suripanda me siguió de cerca. Avanzamos a gran velocidad. Poco faltó para desembarazarme de los policías, hasta que noté que la Suripanda me rebasó. Así me cayó el veinte de que los pantalones iban rumbo a mis rodillas. Todo intento por mantener el equilibrio resultó inútil. Trastabillé unos cuantos pasos y caí encima de la Suripanda. La vergüenza se me enredó en el corazón al descubrir que mi miembro se había clavado en el ano de la perra. Los gendarmes, a punto de descargarme el rigor de sus macanas, se detuvieron con un gesto de asombro, seguido de varias carcajadas. De una patada me deshice de la Suripanda y uno de los polis dijo: "No seas ingrato cabrón, la perra no tiene la culpa". Sus risotadas se alargaron por varios segundos y pensé que, después de todo, tenía suerte de que no me hubieran hundido a macanazos. Aún me quedaban cien pesos en la bolsa del pantalón y los saqué de inmediato. "Aquí no ha pasado nada oficiales –proferí con seguridad-, ahí les van estos chelines y nadie vio nada".

No mi buen –dijo el Chota Número Uno-, con eso no te alcanza.

—Ni que estuviéramos al dos por uno –dijo el Chota Dos-, por esta mínimo te encierran una semana.

—Para empezar ya reportamos el caso por radio –continuó Chota Uno-, con esto no te alcanza ni pa' la llamada telefónica.

—Nomás pa' que te des una idea –soltó el Chota Dos-, esto cuenta por orinar en vía pública, intento de fuga, faltas a la moral y, lo más grave, zoofilia compa.

Ni pedo. Tuve que desembolsar el otro gajo de mi quincena, pero me dejaron doscientos pesos para los taxis de la semana. Hasta eso.

El lunes me presenté puntual en el CEMAC. Llegué justo a las ocho y no me topé con Clarissa. Si me hubiera topado con ella me habría dado risa. En mi interior albergaba la certeza de haber librado las penurias del amor. Al llegar a mi escritorio me topé con una figura de plástico que tenía la forma de un perro. Supuse que el puto de Rodolfo ya estaba ahí, y que se me había adelantado nomás para chingarme. Sin embargo, nadie me iba

a quitar el gusto. La M-EKUS 45 estaba repleta de cuadros capaces de transformar el mundo en dos o tres forwards. El CEMAC iba quedar patas pa'arriba. Primero descargué las fotos en la computadora y luego las grabé en un disco. De pendejo las envío desde la oficina –pensé-, el departamento de informática sabría que yo era el autor del desbarajuste.

A la hora de la comida me pintié el comedor y fui derechito al café internet de la esquina. Saqué una nueva cuenta de correo electrónico: elcemacmelapela@yahoo.com.mx. Al ver las fotos descubrí que mi pulso fotográfico era más estable cuando andaba pedo. Me decidí a enviar un solo mensaje, por lo pronto, para tantearle el agua a la comunicación institucional. Rodolfo se convirtió en el apestado del año. Durante los siguientes días, en el comedor del CEMAC, trataba de imaginar la desfiguración de los rostros de Rodolfo Gandarilla y el Tito Ovalle cuando abrieron ese correo. ¿Qué pensaría el Subdirector cuando vio a la Chilindrina con las tetas de fuera y la leche escurriéndosele desde el pezón hasta el ombligo? Me tuve que quedar con esa duda. El perro orgullo me impedía plantearle ese cuestionamiento al Sub.

El otro correo me lo guardé para después. Preferí asegurarme de que Clarissa estuviera bien enamorada del Subdirector. ¿Qué pensaría Clarissa al ver al Director del CEMAC y a su respectivo subalterno compartiendo travesuras en la Funda del Salchichón? ¿Qué sentiría cuando vio a su príncipe agasajándose con una teibolera más joven que ella? Estas son las preguntas que me deleitarán el resto de mi vida.

*Rogelio Guedea*

# Hombres que hablan con sus perros

Tres habitaciones tiene la casa. Un patio trasero que da a un río escaso. Un árbol de invierno, doblado hacia sus ramas. Un perro. De las nueve a las seis de la tarde no se oye al interior de la casa ni la pisada de un insecto: ni el vuelo que deja una mosca en el aire. Apenas se mueven las cortinas cerradas: el reloj que marca uno y otro calendario, las horas con sus minutos pero sin nadie al fondo que los reciba, como en los países que viven pegados a la espalda del mundo. De las seis de la tarde a las nueve de la noche se oye que un hombre habla en la sala de estar. Dice algo casi inaudible a un perro que ladra esporádicamente. El hombre hace un recuento, el mismo de siempre: Galicia, Alemania, Sofía, los veranos, el tren que partió. Bebe un poco de leche tibia y acaricia, igual como lo hace el vecino de junto, al animal. A las nueve con cinco, guiado por los ojos del perro, se echa en la cama. Enfundado en sí mismo, enciende la radio, cierra los ojos y (como hoy, como ayer, como siempre), cantándole a nadie, vuelve a empezar.

*Moisés Zamora*

# El canon

Empezó a tintear el pincel. Sabía que no debería estar tan cargado o arruinaría la fluidez necesaria para representar a la letra. Ya la había hecho una vez antes, pero no contaba con la suficiente tinta para que la segunda curva, la inferior, no se desvaneciera en un gris espantoso. Una. Dos veces metió el pincel en la tinta. Suavemente, pero con una salida precoz. Funcionó. La primera curva de la letra llegó a su perfección parabólica. La sonrisa casi le distraía la mano del movimiento final. Una carcajada. Dos carcajadas. El viejo sintió la felicidad absoluta en una s minúscula de su agrado. La última s de un nombre. El pelo blanco y sus millares de años dejaron caer el pincel al suelo. Sus dedos se distrajeron por primera vez en toda su vida. Había escrito esa s, pero había perdido su herramienta. Esta decepción fue su último respiro. Ya no se le anotará ningún nombre más al gran libro. Fue una s, lo mató así nomás. Llevaba 4000 años en el oficio, supongo que ya era hora de jubilarse, pero al barbas-plateadas le gustaba su chamba.

¿Qué hace uno con el cuerpo de un hombre que nadie sabe que existe? Vayan y pregúntenselo a su perro. Le puso el Bigotes. Un perro muy contento y agradecido por haber tenido buena suerte (¡por fin!). Al principio no se puso triste cuando veía que su amo no se movía, era muy respetuoso con las excentricidades del viejo. Pero cuando ya no aguantaba el hambre, ya llevaba casi tres años de agradecido, se le acercó para lamberle la mejilla. Notó que no tenía la elasticidad que reconocía. Su cara estaba suave pero disecada. Le recordaba a la misma textura de la alfombra, a veces tenía que lamberla porque le gustaba chupar la sopa que se le caía a su señor. Aún olía a él, pero también olía a muerte. No habrá nada qué comer. El Bigotes no sabía qué hacer. Intento buscar una salida a la cabaña. Encontró una ventana semiabierta, pero tenía una tela delgada metálica que le impedía salir del sótano. Cuando finalmente logró abrirle un hoyo lo suficientemente grande para meter en él su hocico, nevó. Nevó por años. La cabaña estaba enterrada en metros de nieve. Tendría que sobrevivir hasta la primavera. La primavera y la caza.

Un delicioso conejillo, apenas con un mes de nacido pero con un corazón aventurero, recién salido de su madriguera para ver al mundo con sus propios ojos, sólo encontraba los colmillos del Bigotes en tiempos de primavera. La caza lo esperaba. Y después el verano sería la búsqueda de otro destino. Pero tenía que sufrir una temporada infernalmente fría. Se comió todos los órganos de su amo en dos días. Sólo dejó el cascarón. Engordó tanto que apenas se movía. Se puso dentro de uno de los cajones, abierto por descuido del escritor. Cabía. Apenas. Se acostó al fondo, porque el cajón era anchote, anchote, para un libro grandote, grandote, aunque los

nombres escritos eran chiquitos, chiquitos. Y no se volvió a mover. Sólo bostezaba. Bostezó y fue todo.

Cuando se levantó ya estaba bien flaco y aún estaba enterrada la cabaña. Empezó por las piernas, donde la carne aún se sentía más fresca. Se hartó tanto que le brindó una energía tan repentina de alegría. Disfrutó felizmente el destrozarle los atlas. Le llenó la biblioteca de páginas gigantes hechas bola. Le dio más hambre después y le comió las piernas hasta su hueso. Volvió al cajón. Se echó, pero está vez le dio por pensar. No pensó en nada en especial. Sólo variaba el pensamiento con tres cosas. El sabor del zacate al masticarlo. La lucecitas del agua. Su caca.

Tenía la boca seca y la mandíbula atrofiada. Quería un chicle. Brincó del cajón al suelo. Se le acercó a la cara del muerto. Y le arrancó un ojo, el derecho, el que se retrasaba de vez en cuando. Lo masticó hasta que perdió el sabor y luego la textura. Le sacó el izquierdo. Pero cuando disfrutaba de la cuarta masticada, le lloró al Bigotes el derecho. Una luz aguda tan grande como una pupila le encandiló el ojo derecho solamente, las ventanas dejaban pasar rayos de sol. El bigotes escupió el ojo izquierdo del viejo y corrió hacia la ventana del sótano. Estaba inundado. La nieve se había derretido. Pero al Bigotes no le importó, él saltó y nadó hasta la ventana. Con el hocico logró abrir un hueco por donde caber.

Salió. Había vida por todos lados. El Bigotes volvió a la ventana del sótano. Quería despedirse de su amo. Cuando recordó que el sótano estaba lleno de agua fría, sólo le ladró un adiós.

La gotera destruyó el libro. Los ratones silvestres lo demás.

# Índice

**Doggy Style! (Relatos sobre perros, similares y conexos)** se
terminó de imprimir en Morrisville, NC, USA en marzo de 2006.
En la composición tipográfica se utilizó la familia Garamond.
La edición estuvo al cuidado de Carlos Adolfo Gutiérrez Vidal.